

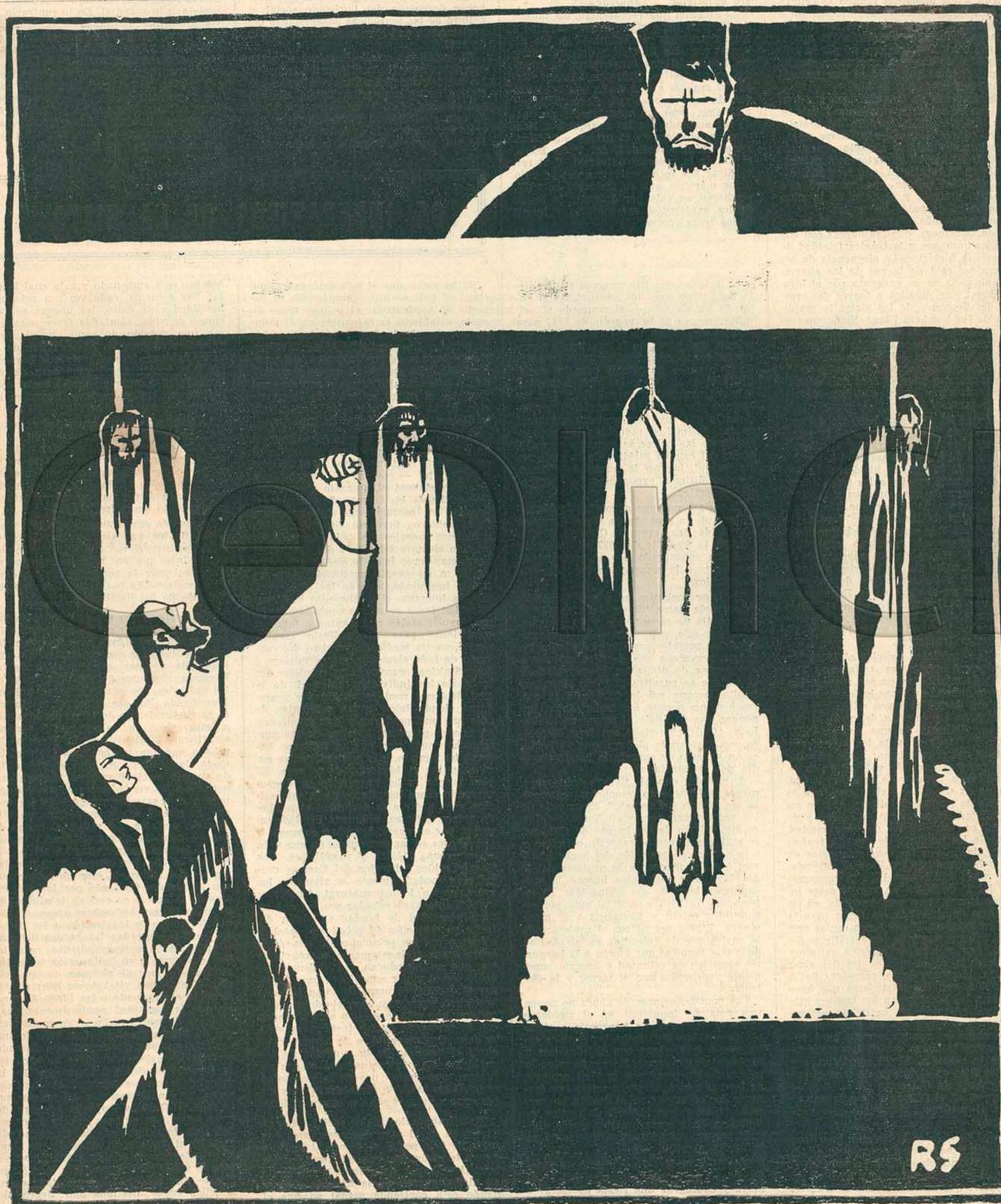
LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente



RS

1887 - 1.º de Mayo - 1925

EL SIMBOLISMO DE UNA FECHA

El 1.º de Mayo tiene para nosotros un significado simbólico. Es el día de la protesta universal, el minuto de parálisis que entumece los músculos potentes del monstruo capitalista, el clamor que recuerda a los amos del mundo el crimen de su avaricia y de su explotación inmisericorde. Y el símbolo vale por lo que encarna, por la causa originaria que le dio sus contornos trágicos, no por la mistificación de los que transformaron en dogma el ideal que llevó al martirologio a los revolucionarios de 1887.

Chicago, con su tragedia, con sus horcas, con su calvario, vale como significación histórica de la epopeya del proletariado. ¿Quién desconoce la fuerza sugestionadora del trágico símbolo encarnado en el 1.º de Mayo? El valor está precisamente en la repetición, año tras año, día tras día, del crimen que consagró este día a la protesta y al dolor de la clase trabajadora de todos los países.

Hay algo más elocuente en el hecho que se rememora, que las horcas con sus badajos humanos y la trágica frialdad de la justicia histórica. La elocuencia de esa efemérides está en la voz de los ahorcados, ahogada en su garganta por el infame dogal, que repetirá a través del espacio, del tiempo y de los siglos la maldición de los hombres libres. Spies, uno de los ajusticiados, al pie del patíbulo, en el momento del sacrificio, lo dijo con la trágica elocuencia del último suspiro de una vida que se estufa: *¡Salud tiempos en que nuestro silencio será más poderoso que vuestras voces, que hoy sofocan con la muerte!*

Más que las protestas ruidosas del proletariado, de 1887 acá, valorizó la rememoración de la fecha trágica el silencio elocuente de todos los asesinados por los verdugos de la justicia histórica. La voz de los muertos concita a los trabajadores a la defensa de sus derechos y también a la venganza de la perenne afrenta. Y la maldición de las víctimas persigue a los asesinos. Y la sangre de los inmolados en holocausto al monstruo capitalista mancha la túnica de los sayones de la Ley. Y el puñal de los sicarios amenaza de muerte a los ejecutores de cobardes venganzas en el altar de la Democracia. La voz de los muertos, con su muda elocuencia, llena los ámbitos del mundo proletario, incitando a la lucha a las multitudes irredentas.

En la mentalidad popular el 1.º de Mayo adquiere caracteres religiosos. Hay mucho de misticismo en esa recordación. Chicago, aunque no posee la fuerza sugestionadora de los antiguos mitos, aparece envuelto en las brumas del pasado. Sus actores, víctimas de una conflagración política, tienen algo de los legendarios mártires del cristianismo; como aquellos creyentes murieron sin abjurar de su fe. Sin embargo, la tragedia es de ayer. Chicago no es un mito. Existe con toda la grosor de su industrialismo, con su insensibilidad de monstruo de hierro y de piedra, con su orgullo de gran ciudad. Y quizás los hombres de aquella fénix hayan olvidado a los revolucionarios de 1887 y la causa que los llevó al patíbulo.

La razón fundamental de la consagración del 1.º de Mayo, en sus diversas interpretaciones, hay que buscarla en lo que tiene de simbólica esa fecha para la clase trabajadora. En el fondo de las protestas vehementes y de los sacrificios heroicos, hay mucho de espíritu religioso que dormita en lo más oculto del alma humana. Hombres de fe, creyentes de la revolución, con ese misticismo que hace fuertes a los hombres en los trance más difíciles, afrontan el sacrificio serenamente, conscientes de su martirologio, convencidos de que su muerte hará florecer sobre la tierra estéril las rosas rojas de la rebeldía. Y así murieron, con los ojos fijos en el futuro, de cara al sol, los hombres de Chicago.

Parsons, en el momento de entregar su cuello al verdugo, pronunció este viril apotegma:

¿Y qué justicia es la vuestra, que lleva a la horca a hombres a quienes no se les ha probado ningún delito? La acusación en aquel momento supremo y en boca de un hombre que afrontó sereno la muerte,

vale por todas las protestas. Lingg, otro de los ahorcados, lejos de conceder autoridad a sus verdugos, exclamó indignado: *Os desprecio, desprecio vuestro orden, vuestras leyes, vuestras fuerzas y vuestra autoridad... ¡Ahorcadme!*

El símbolo que representan las horcas de Chicago tiene significados distintos e interpretaciones antagónicas en las diversas escuelas filosóficas del proletariado. Los socialistas convirtieron la tragedia en un festival litúrgico. Llamaron *fiesta del trabajo* a una fecha que recuerda uno de los crímenes más alevosos del capitalismo. Pero esa consagración no puede ser aceptada por los anarquistas. Nosotros reivindicamos el origen simbólico, en su trágica realidad, del 1.º de Mayo, el día de la protesta universal. Y al reivindicar esa fecha, salvamos del olvido a los mártires que en Chicago, en 1887, perdieron su vida por defender la causa de los explotados, escarnecidos y humillados trabajadores.

Si la fecha que hoy rememora el proletariado tiene para los anarquistas el valor de un símbolo — si responde al primitivo origen de la tragedia de 1887 para quienes no siguen la corriente del reformismo, que borra de la conciencia popular las sangrientas huellas de la tragedia de Chicago —, en cambio para los socialistas el 1.º de Mayo es una festividad más del santoral cívico-religioso. Los gobiernos, desapareció el carácter revolucionario que tuvo esa protesta universal de los oprimidos, reducidas las proporciones de las primeras jornadas recordatorias del crimen jurídico de la plutocracia yanqui, buscan la forma de atemperar los últimos exponentes de indignación colectiva.

El socialismo supo encontrar la fórmula legal de la protesta de Mayo. Comenzó por olvidar las horcas de Chicago, el símbolo de la tragedia de 1887, el origen de la fecha consagrada por el proletariado consciente a la recordación de todos sus infortunios.

Ya hace bastantes años que la socialdemocracia llama "fiesta del trabajo" al que es día de recordación y de protesta. Año tras año, con regularidad cronométrica, los partidos socialistas de todos los países organizan sus desfiles callejeros, exponentes de disciplina y pasividad. Y el trabajo se paraliza el 1.º de Mayo por hábito, porque así lo estableció la costumbre, no porque los trabajadores impongan esa parálisis al monstruo capitalista. ¿Qué valor tiene esa farsa litúrgica, esa mascarada plebea, que no traduce en un acto de energía la honda tragedia del proletariado?

A medida que el tiempo transurre, menos valores revolucionarios exterioriza esa "fiesta del trabajo". El empeño de los anarquistas por reivindicar el trágico simbolismo de las horcas de Chicago, se malogra frente al extravío colectivo y a la grosera deformación del hecho histórico que dió margen a la protesta del 1.º de Mayo. Los socialistas buscan la consagración legal de esa efemérides. El reformismo político y sindical opta por recomendar calma y disciplina a la masa obrera. Y sólo nos ofrece el proletariado la caricatura de episodios ya olvidados: de gestas heroicas que dieron a la burguesía ejemplos de voluntad y energía vanamente reprimidos con el terror y la violencia.

Las manifestaciones de ahora no ponen una nota de inquietud en el ambiente chato de la época. La burguesía contempla tranquila y satisfecha los desfiles callejeros que terminan con ditirámicos y apologeticos discursos. No pende sobre la cabeza de los mandones la viril protesta de los oprimidos. Panurgo reúne sus carneros, los adiestra para el desfile, los presenta en su manso regocijo de bestias satisfechas. Y la agría protesta queda ahogada por ese rumor de manada que afiora la vuelta al redil.

He ahí el ideal del socialismo de Estado. Logró desvirtuar el origen del 1.º de Mayo y consagrar una fiesta de esclavos

en nombre de un crimen jurídico. Ahora busca la fórmula legal que quite a la fecha todos los motivos que la hacen simpática para los anarquistas: proyecta la oficialización de la protesta proletaria en nombre de la concordia social.

Los gobiernos saben que declarando fiesta oficial el 1.º de Mayo, desaparece todo motivo de protesta. La costumbre impuso ya esa fecha como día de holganza. Falta sólo que el Estado se asocie a ese festival mediante una declaración que la legalice. Y esa es una de las preocupaciones legislativas de la socialdemocracia, que reivindica para sí la gloria de haber despejado del horizonte social el peligro de las periódicas subversiones del proletariado que sabe recordar el crimen de 1887.

El socialismo criollo festejará este año con doble regocijo la "fiesta del trabajo". La municipalidad de Buenos Aires, a iniciativa de un concejal socialista, designó con el nombre de 1.º de Mayo una plaza de esta ciudad, y el Poder Ejecutivo decretó ese día feriado en toda la república. He ahí, pues, consagrada la fecha histó-

LOS IMPERATIVOS DE LA HISTORIA

Se ha dicho que el primer hombre que clavó el primer hito, asignándose el derecho de usufructuar el primer trozo de suelo, estableció la injusticia en el mundo, planteando la lucha fratricida entre la especie. La propiedad natural, adquiriendo formas de uso privativo, daba nacimiento a la esclavitud de los desposeídos, a quienes faltó fuerza o astucia para producir el hecho material de la ocupación de la tierra hasta los límites que le dictara su necesidad o su egoísmo.

No corresponde a este trabajo, destinado a sintetizar el problema que agita el pensamiento contemporáneo — el del pan y la libertad —, reseñar el proceso histórico que elaboró el presente sistema social mediante las formas de despojo del hombre en perjuicio de su semejante. Estas debieron fundarse sin duda en los principios morales de cada época, pues ha sido siempre tendencia del hombre el proclamar como justo lo que más ha convenido a su propia existencia. Aun no siendo improbable que en los albores de la vida humana, el sentimiento de la solidaridad fuera entre sus componentes ya una manifestación rudimentaria, faltaron condiciones para desarrollarlo ampliamente, en un medio desprovisto del concurso de todo elemento que permitiera a las primitivas generaciones subsistir sin lucha de los individuos entre sí, de la cual debieron resultar vencidos y vencedores, dando lugar a las corrientes de odio que aun perduran y nos mantienen en guerra perpetua, a pesar de las portentosas conquistas que el esfuerzo humano ha logrado, más que suficientes para asegurar el bienestar de la raza. El bien propio se ha convertido en dogma venerado sobre los altares de la superstición para pedir a la divinidad el perdón de culpas íntimas, mientras los infortunados, por su parte, buscaban consuelo a sus dolores en las esperanzas de una vida ultraterrena, edénica y paradisíaca. Los impenetrables misterios del Cosmos contribuían poderosamente a afianzar las creencias en lo sobrenatural, fructuosamente aprovechadas por los que tenían necesidad de fundar en algún derecho su situación de privilegio, estableciéndose así los principios de una ética sobre bases eminentemente convencionales, que aun perduran. La violencia no debió ser el mejor expediente para imponer el derecho al parasitismo en tiempos préríticos, cuando su ejercicio demandaba peligros que más tarde han sido olvidados con la invención de los instrumentos de muerte. Correspondió a la superstición obrar el prodigio de la sumisión de los pueblos a los usufructuadores de sus esfuerzos, que con el uso de la propiedad adquirieron también el patrimonio de las personas a quienes ese uso estaba vedado.

Sintetizando: los males sociales tienen su origen en el afán de conservarse por parte de la especie, obediente al instinto y no a la razón. Las proyecciones del error primitivo iban a extenderse a través de un ciclo inmenso de la historia, ocasionando esta contienda actual en que el

hombre está empeñado y a la cual intentan dar solución, cada vez con más probabilidades de éxito, las nuevas concepciones de vida, alentadas fervorosamente por una porción de seres justos, para quienes el tiempo no ha transcurrido en vano, habiendo recogido de sus horrores las más vastas enseñanzas para decidir la voluntad a crear un medio social compatible con las aspiraciones humanas, sabiamente interpretadas.

La confianza en la capacidad creadora del hombre, alienta ese postulado. A no ser por esa condición, superior a la de otras especies, la raza se hubiera extinguido en ese rudo combate por subsistir a través de las edades. Es éste el fundamento más firme en que se asienta el pensamiento emancipador.

La cuestión social, pues, no la han planteado ni los primeros esclavos que en Roma se insurgieron con Spartaco, ni los campesinos que en 1838 se amotinaron para reclamar la supresión de los derechos feudales. Es tan antigua como el infortunio de los hombres.

Por supuesto que el sentimiento de justicia no ha sido siempre patrimonio de las clases oprimidas, pero existían los motivos llamados a despertarlos. Sin una tendencia a amar, característica de los hombres, absolutamente distinta a la de los animales, ese sentimiento no hubiera fructificado. Por eso el actual movimiento reivindicador de derechos obedece más a imperativos del alma que a razones científicas. El cientifismo de Marx no ha pesado nada en las acciones del proletariado, destinadas a mejorar su suerte. Es de índole exclusivamente materialista, extraño a los verdaderos motivos que impulsan el movimiento actual de las masas, en que el sentimiento tiene una influencia decisiva. Lo revela el hecho de que no sólo las clases sufrientes impulsan la guerra social, pues ha estado reservada a los pensadores formular las teorías del futuro. Y esos no pertenecieron al pueblo, flagelado por las injusticias de la época, en casi su totalidad. El dolor de las muchedumbres apenas si sirvió de motivo de inspiración a los filósofos para desentrañar las causas del mal y oponerle su correspondiente remedio. Con dar curso a su indignación todos los maltratados por el régimen, no resolverían el problema vital de su libertad. La solución corresponde a las ideas. La presión de la necesidad puede desencadenar el deseo de venganza, pero carecerá siempre de fuerza creadora. Con todo lo imperfecto que sea el pensamiento de cada período histórico, constituye la verdadera fuerza propulsora del progreso. En la actualidad puede observarse ese fenómeno en las manifestaciones del pensamiento obrero. Quienes bajo la bandera de unos principios, quienes bajo la de otros, todos se han impuesto la necesidad de cambiar el sistema. El hecho de que algunas tendencias se adhieran su respectivo lote de vicios añejos, no niega la existencia de una personalidad colectiva entre aquellos cuyos destinos han dependido



siempre de ajenos intereses. Que esa personalidad se defina en favor de los ideales más concordantes con los bien entendidos intereses y las más claras nociones de libertad colectiva depende del esfuerzo que en ese sentido apliquemos sus cultores. La fisonomía moral de los hombres está estrechamente relacionada con las ideas en ellos predominantes. Es la exteriorización de esas ideas mismas. El cambio no se efectuará por el simple presión de factores históricos determinantes. La historia no dicta nada a favor de su futuro por una ley inexorable, inherente a sí misma. Si esa ley tiene alguna manifestación, es porque el hombre la ha escrito previamente con acciones superiores al pensamiento de su época, gestando valores nuevos, imposibles de ser limitados por moldes arealcos y por tanto dispuestos a rebasarlos.

El instinto de conservación, trazando los destinos del futuro, es cosa que no se concibe. Pero si imperara como una fuerza determinista, sería preciso contenerlo, en salvaguarda de la felicidad de las generaciones venideras. En ese sentido operan las ideas constructivas, que sin delinear con precisión matemática la sociedad del porvenir, han sentado sus bases positivas sobre la solidaridad humana.

Tras de ese principio se marcha hoy más aceleradamente que nunca, aun por encima de los charcos de sangre que la guerra proyectara.

Es absurdo creer en la victoria de la reacción con carácter definitivo. Nunca hubo poderes estables y mucho menos podrán consolidarse hoy, cuando una tendencia a renovar la vida bulle con fuerza incontestable. Ya no les resta nada que idealizar a las clases conservadoras. Los dogmas religiosos pasaron a la historia; los nacionalistas sufrieron un golpe rudo en la última hecatombe internacional, y en los políticos no fían sino los que de ellos viven. Se ha erigido un ideal superior en la conciencia de los hombres y prevalece contra las más recias borrascas de la reacción. El espíritu nuevo late con más pujanza, cuantos mayores esfuerzos se realizan por contenerlo. El mundo marcha aún en período como éste, en que parece estancado por las vallas opuestas en su ruta.

Y he ahí como el nervio del progreso lo constituye el pensamiento de los hombres, jamás el imperio de las necesidades, con propensión a ser satisfechas dentro de cualquier sistema de convivencia social. Nos referimos a aquellas de índole material que consisten en la nutrición, el abrigo y demás.

Y he ahí también una función que da derechos, porque completa la personalidad en su doble aspecto de productora y creadora.

Por eso importa mucho saber por qué somos infortunados, pero mucho más conocer el modo de ser felices, hasta donde nuestro mundo emocional lo exija.

El examen del problema social pone a nuestra vista los errores históricos en que la humanidad incurrió: la idea de solucionar en la forma reclamada por necesidades del alma, que tienen carácter de eternas y sirven de móvil a toda actividad superior de los hombres, surge del pensamiento elaborado con elementos extraídos de la realidad.

Pero quien fertiliza esos páramos de la vida humana, no es la doctrina de la historia, ese dogma proclamado como el imperativo categórico de todas las acciones del individuo, sino el individuo, imponiéndose a su época.

Jose M. Ochoa

LOS PROBLEMAS DEL ANARQUISMO

Métodos de propaganda y de actividad

Lo que más se discute hoy en nuestro campo, es la metodología del anarquismo, tanto en lo que representa como doctrina como en lo que expresa como movimiento. Se puede decir que las teorías, por lo que representan abstractamente, están subordinadas a las tácticas de lucha que las hacen valederas y accesibles a la mentalidad del proletariado. Y sería vano empeño pretender que el anarquismo, como caso excepcional, siguiera al margen de las nuevas corrientes espirituales que conmueven los cimientos del viejo mundo y transforman los conceptos históricamente consagrados por anteriores experiencias.

Es indiscutible que el anarquismo está frente a una multitud de circunstancias que imposibilitan su desenvolvimiento. Resuelto desde hace medio siglo, para los anarquistas, el problema del Estado (nos referimos a la concepción que extraemos de la sociología respecto al origen de las organizaciones sociales que culminaron en el régimen capitalista), definida la conducta de los militantes en lo que respecta a la lucha contra el principio de autoridad y de dominación, nos encontramos frente a otras contingencias derivadas del mismo problema. Basta con llamarse anarquista y con profesar el culto de la libertad, para que el anarquismo defina un movimiento capaz de crear nuevos valores en la conciencia colectiva? ¿Es suficiente el concepto filosófico que expresa la negación de toda autoridad, divina o humana, para que los pueblos encuentren instintivamente el camino de la redención, que posiblemente extravió la humanidad en su remoto origen?

Para nosotros, la teoría pura no consigue animar los espíritus, agobiados por el peso de seculares servidumbres. De ahí que busquemos en las ideas la forma de expresar lo que no puede por sí mismo descubrir el instinto del hombre. La guerra europea planteó el problema de la diferenciación en las diversas corrientes del socialismo. Puso en beligerancia fuerzas que, por coincidir únicamente en el método de actuación, descubrieron en sí una profunda divergencia de interpretaciones, de sensibilidad y de cultura. Y surgieron, como consecuencia del trastruque moral originado por la tragedia, los partidarios de la guerra necesaria, por odio al imperialismo germano — que era la exteriorización más violenta y brutal de la civilización cristiano-capitalista —, guerrerismo este que se basaba en el hecho de que el triunfo de la democracia supondría una mayor posibilidad para el posterior triunfo de las ideas emancipadoras.

Frente a aquel fenómeno de desintegración de la doctrina socialista, fué necesario recurrir a un método de deducciones e interpretaciones del anarquismo para definir la conducta de los anarquistas no intervencionistas frente a la guerra. Y el choque de opiniones se produjo inevitablemente, ya que no era posible reconciliar el guerrerismo de unos y el pacifismo de otros. Anarquistas eran los guerreristas y los antiguerreristas. No es el caso de discutir ahora la sinceridad de los hombres que, al tomar partido por lo que calificaban el menor de dos males, se esforzaban en arrastrar a todo el movimiento anarquista a la beligerancia. Pero sí podemos formular esta pregunta: ¿quiénes fueron más consecuentes con el anarquismo? Los hechos se encargaron de dar su sanción, puesto que constatamos hoy que el germen del imperialismo no fué eliminado y, por el contrario, nuevamente pende sobre los pueblos la amenaza de una nueva y más sangrienta carnicería.

Después de aquel acontecimiento universal, un nuevo hecho de trascendencia vino a provocar la duda en unos y un vuelco completo de opinión en otros. La revolución rusa se nos presentó como una bella realidad. Vimos en el pueblo más firmemente azotado por la tiranía y el despotismo seculares la anunciación del nuevo día. Y el anarquismo se conmovió bajo el impulso generoso de los hombres

que deseaban emular a sus hermanos de Rusia.

El fenómeno de aquel contagio colectivo que parecía arrastrar el mundo a la revolución inevitable... tiene su lógica explicación. Obró el impulso, la generosidad, el espíritu de lucha de los hombres sobre lo que tiene de reflexivo y consciente todo movimiento de ideas. Fué el corazón el que dictó a la conciencia el imperativo de las horas agitadas y turbulentas. Era el instinto de la masa el que trazaba normas de conducta a los hombres que saben ver en el fondo de los optimismos el germen del fracaso.

Pero el anarquismo no podía entregarse a esa lucha puramente instintiva. Debía reaccionar, no contra la fé revolucionaria del proletariado, sino más bien contra los que se aprovechaban de las fuerzas obreras para torcer el camino de la revolución y hacerla servir a sus fines políticos.

El proceso de la revolución rusa tiene su período de franco y generoso sentimentalismo, que abarcó en sí todas las energías y todas las voluntades revolucionarias. Pero, traspuesta esa etapa, entraron en beligerancia los motivos elementales de la obligada divergencia entre marxistas y anarquistas. Un partido político, disfrazado con frases subversivas y programas radicales, tomó en sus manos la dirección revolucionaria y estableció el imperio de una dictadura. Se restauraba así el Estado destruido por la revolución, entraban en vigencia nuevas leyes caídas sobre viejos códigos y volvían a imperar las que intentara destruir el proletariado con su gesto heroico. Y los anarquistas vieron en esa tergiversación de los hechos el fracaso de todos los esfuerzos realizados y el desvanecimiento de las esperanzas en el instinto creador de las masas trabajadoras.

Frente a la nueva situación, a la crisis moral derivada del ensayo bolchevique, la lucha surgió en nuestro campo, principalmente como un movimiento de reacción contra las ilusiones del bolchevismo. En nombre de las ideas anarquistas pretendieron los ex libertarios conversos a la religión de Moscú justificar los errores y desviaciones del partido dominante en Rusia. Y fué necesario, una vez más, emplear un método nuevo de interpretación del anarquismo para demostrar que los pregoneros de la dictadura y del Estado obraban por oportunismo y en consecuencia transgredían los fundamentos de nuestra ideología.

Existe una ligazón espiritual en los hechos acaecidos en estos últimos años. El guerrerismo de unos, el bolchevismo de otros y el posibilismo de los últimos "reformados", representan una unidad indisoluble: son el reflejo de una tendencia reformista desarrollada en nuestro campo bajo el disfraz del anarquismo, pero completamente identificada con las teorías de Marx y su descubrimiento "científico" del materialismo histórico.

Los guerreristas no alegan hoy su pretendida visión profética. Tampoco los anarco-bolcheviques pueden seguir representando la comedia de la dictadura obrera y del Estado puente... para pasar del capitalismo al comunismo. Esos dos errores de interpretación del fenómeno revolucionario determinados por los últimos acontecimientos, están extirpados del movimiento anarquista. Pero la tendencia marxista cuenta con adeptos en nuestras filas y se mantiene en el movimiento revolucionario gracias a un nuevo disfraz: el posibilismo, villosa desviación de la tendencia neutra que ahora defienden los sindicalistas en su oposición a todas las doctrinas históricas...

En los métodos de propaganda está la definición del anarquismo. Los que hoy resucitan viejos pleitos personalistas y plantean divergencias de actuación y de procedimiento, sin atreverse a definir su propia norma de conducta, no serán marxistas en toda la acepción de la palabra. Mas es fácil descubrir en ellos la herencia de Marx: son, como el creador del internacionalismo de la calumnia, oportu-

mosos, inconsecuentes, contumaces, pequeños de alma y bajos de instinto.

Para combatir esa herencia del marxismo, debemos imponernos un método de actuación y de conducta, desplazando de nuestro campo a los elementos que pretenden desconocer todo freno moral a sus impudicias y toda sanción responsabilista a sus frecuentes volteretas y transgresiones.

Mientras persistan los teorizantes en su empeño de hacer de la doctrina anarquista un dogma y confían a la gestación de las ideas la única probabilidad revolucionaria, el proletariado estará expuesto a toda clase de engaños y a sufrir frecuentes desviaciones. De igual modo, la creencia de que la revolución se prepara desde los grupos conspiradores o surge bajo la presión de una minoría — casi siempre extraña a la masa que se pretenden lanzar a aventuras que no entienden — esteriliza las mejores energías del anarquismo y provoca amarguras y decepciones en los más impacientes y entusiastas. Y es esa falta de método, ese evidente contraste de los teorizantes y los hombres de acción, esa falta de equilibrio en las ideas — ya que se interpretan como puras abstracciones o como simples ejercicios de violencia sistemática — uno de los principales factores que hasta hoy impidieron a los anarquistas llegar a ser una potencia subversiva.

Entre el que teoriza sobre posibilidades revolucionarias que en ningún momento considera de actualidad y el que ve en cada perturbación política o económica la oportunidad de lanzarse a la calle para provocar una revolución, existe bastante diferencia. Anarquistas ambos, ¿cuál es el que mejor interpreta las ideas? Difícil sería dar a esa pregunta respuesta satisfactoria. Pero es indiscutible que el anarquismo inspira ambas posiciones individuales y determina a la vez esas dos tácticas divergentes. El problema, pues, consiste en armonizar en una común metodología esas dos corrientes del activismo revolucionario. Hay que establecer, de ser posible, el integralismo anarquista: un punto de ligazón entre los teóricos que niegan la eficacia de las luchas de carácter económico y los activistas empeñados en realizar en cualquier momento y circunstancia las teorías sociales más avanzadas.

Con frecuencia oímos decir a los militantes de nuestro movimiento que se da demasiada importancia a la propaganda culturalista. A esto replican los que consideran que la pureza del ideal se mancha con el contacto de las masas y pierden su valor espiritual en la práctica de luchas inspiradas en móviles económicos. Y pocas veces, frente a un acontecimiento que obliga a la reflexión a los que en realidad desean contribuir con su capacidad a la causa del proletariado, logramos poner de acuerdo las teorías con la práctica del anarquismo.

Nosotros vemos en esa contradicción de opiniones, la falta de un método para la actividad anarquista. Alguien ha pretendido ofrecer un programa y una disciplina, basándose en que la propaganda libertaria no contemplaba los acontecimientos revolucionarios desde una base política, esto es, teniendo en vista la posibilidad de que los anarquistas hicieran "su revolución". El programa sólo puede conducirnos al estatismo, que también ahora se disfraza con el nombre del proletariado. Pero el método de propaganda y de acción es sólo un medio para coordinar esfuerzos y evitar que el anarquismo se esterilice en polémicas doctrinarias o en movimientos esporádicos surgidos al calor de pasajeros entusiasmos.

Es fácil constatar en la propaganda anarquista una estrecha sujeción a los fenómenos revolucionarios ocasionales. Los grupos de afinidad, cerrados a cal y canto a toda infiltración de la masa obrera,

cas de atracción, seguro como está del poder que ejerce sobre la mayoría de la clase trabajadora organizada — y que hacen suya muchos anarquistas, contradice el fundamento de nuestra propaganda en el campo gremial. Si aceptamos como una necesidad para la lucha contra el capitalismo la unión de todos los trabajadores en sindicatos de oficios, federaciones de industria o uniones nacionales, de hecho excluimos la lucha de ideas, que es el objetivo único de nuestra intervención activa en la llamada lucha de clases. De ahí que la declaración neutralista, consecuencia del criterio unitario que dió vida a las corporaciones obreras dominadas por los partidos social-demócratas, favorecen el desarrollo de las tendencias ambiguas en el campo obrero — de lo que nosotros llamamos el camaleonismo — más próximas siempre al socialismo y a la democracia burguesa que a los verdaderos ideales de emancipación y redención sociales.

El anarquismo seguirá fuera del movimiento obrero mientras persista en su táctica prescindente frente a la lucha de tendencias que tienen como escenario el vasto campo de las actividades revolucionarias del proletariado.

RECTIFICACION DE TACTICAS: REAFIRMACION DE PRINCIPIOS

Nos propusimos no tomar en cuenta las muchas opiniones vertidas en nuestra prensa, principalmente en los periódicos sindicalistas y anarquistas de Italia, Francia y España, en torno a una pretendida revisión del anarquismo. Si algo se ha rectificado en los últimos años y como consecuencia de la guerra y de la revolución rusa, el proceso se verificó sin que se dieran cuenta los pregoneros del revisionismo. Y es que los cambios de opinión, primero individual y después colectivamente, se van efectuando a medida que una nueva experiencia pone de manifiesto el error de experiencias anteriores. Y es con el concurso de todos, sin que nos apercebamos de ello, que llegamos a comprender muchas cosas que difícilmente interpretaríamos si nos las trataran de imponer dogmáticamente.

Entendemos, pues, que está suficientemente definida la cuestión del revisionismo, al menos como elemento de juicio para que los anarquistas mantengan en pie los principios fundamentales del comunismo anárquico. Con el desplazamiento de la fracción anarco-bolchevique, que paulatinamente se va operando en todos los países, nuestro movimiento queda libre de las influencias políticas que lo desnaturalizaban. De ahí que, contra los deseos de los conversos a la dictadura roja, los anarquistas terminaron por comprender que lo que exigía el momento histórico no era una revisión doctrinaria, sino pura y exclusivamente una enérgica depuración de nuestras filas de los elementos viciados por la propaganda de Moscú.

Definidas las posiciones, tanto en la teoría como en la táctica del movimiento obrero revolucionario, ¿cabe siquiera que perdamos tiempo en discutir las ideas del anarco-bolchevismo, por más que pretendan sus secuaces representar la tendencia nueva, revisionista, el puente de unión y de pasada del anarquismo teórico al comunismo práctico? ¿Qué conceptos nuevos, que tácticas que no fueran las conocidas, qué fórmulas revolucionarias reveladoras de una concepción extraña al marxismo o al anarquismo, han presentado como material para esa reconstrucción ética los pregoneros del revisionismo? ¿En qué terreno se han situado para formular su programa y sobre qué base trabajaron para establecer la unión de los puntos más antitéticos del socialismo, pretendiendo con ello reconciliar las tendencias autoritarias del marxismo con las corrientes libertarias del movimiento anarquista?

No sólo no fué presentada una base de discusión para rectificar la táctica del movimiento obrero revolucionario, sino que tampoco llegaron los revisionistas a formular un programa que se apartara del que trazaron los comunistas de dictadura. Mucho menos podían, pues, abocarse a la revisión de las ideas anarquistas, de su filosofía, de los conceptos básicos formulados por los precursores y, principalmente, de la parte substancial del anarquismo; la negación del gobierno, de la autoridad, de la ley, de todo lo que constituye el bagaje de la civilización

burguesa. Descontando la manifiesta incapacidad de esos pretenciosos reformadores, ¿cómo podían propender a la reforma de lo que consideraban un dogma cristalizado, hombres que no hacían otra cosa que repetir las palabras de orden de Moscú y los gestos subversivos de los empresarios de revoluciones a plazo fijo? El anarco-bolchevismo, en estos países de inmigración, llegó por las rutas marítimas. No tuvo ni siquiera el mérito de la gestación espontánea y lógica. Nació en el vientre de Moscú y se amamantó con el biberón de la Tercera Internacional. Los primeros "anarquistas nuevos" surgieron, en Montevideo y Buenos Aires, al contacto con un delegado bolchevique enviado por Moscú para organizar los partidos comunistas y las sucursales de la entonces proyectada Sindical Roja, en la América del Sur. Y si el mismo comunismo moscovita careció de importancia tanto en Uruguay como en Argentina y sólo conservó sus raquílicas fuerzas gracias a los continos jeringazos de la casa central que mantenía las diversas sucursales de propaganda, ¿cómo podían propender a una revisión del movimiento obrero orientado por los anarquistas para así forzar al anarquismo a una rectificación de sus ideas básicas?

La base de la influencia bolchevique en la América del Sur no estaba en las minorías comunistas desprendidas del bloque de la social-democracia. El socialismo carecía entonces y carece hoy de verdadera influencia en el movimiento obrero, no adelantando nada en ese terreno los conversos a la "dictadura del proletariado", ya que no pudieron eludir el calificativo de políticos. Debía, pues, Moscú, para crearse un movimiento de opinión favorable a sus conscientes planes contrarrevolucionarios, introducir una cuña en el movimiento anarquista. Y sólo así se explica que el delegado de la Tercera Internacional, a su arribo a Montevideo y Buenos Aires, en vez de dirigirse a los socialistas disidentes que ya insinuaban su tendencia oportunista, haya buscado la manera de relacionarse con los anarquistas, consiguiendo formar el grupo anarco-bolchevique, encargado de introducir la confusión en nuestro movimiento revolucionario.

Ateniéndonos a los hechos desarrollados durante los últimos años y a las experiencias que nos ofreció la guerra y la revolución rusa, es que nosotros nos aferramos con mayor fuerza a las viejas posiciones anarquistas. La revisión del anarquismo sólo pueden propiciarla y desealar la que, por un paulatino divorciamiento con las ideas, llegaron a la conclusión de que el "dogma" les impide moverse en todas direcciones e incursionar en todos los campos. Intentaron romper moldes, abrir brechas en la intransigencia doctrinaria de los anarquistas viejos... los jovenculos deslumbrados por la hoguera rusa y algunos espíritus envejecidos en la incomprensión de las ideas. Y fueron esos "revisionistas" los que nos ofrecieron, como una novedad, teorías desenterradas de las catacumbas del marxismo.

Recordemos que en hombre de la revolución se intentó subordinar nuestro movimiento al politiquerismo dictatorial. Se alegaba la necesidad de poner a las ideas anarquistas a tono con la realidad. Pero el realismo de los conversos a la dictadura era una vulgar patraña. Lo que se quería era desarmar nuestra intransigencia doctrinaria para que los métodos bolcheviques obtuvieran la sanción de los adversarios irreductibles de la llamada experiencia rusa: El Estado obrero, el terror rojo y la consagración del despotismo en nombre del proletariado.

En un período convulsivo como el que vivimos en los cinco primeros años de la revolución rusa, era fácil arrastrar a las grandes masas a una lucha puramente instintiva. También de esa gestación revolucionaria los anarquistas intentaron sacar ventajas, entendiendo que era aquél el momento propicio para lanzar al proletariado a la lucha contra el enemigo mortal: el capitalismo. De ahí el empleo de métodos y tácticas de lucha circunstanciales, más tarde rectificadas por sus mismos propiciadores, que respondían a un momento histórico y reflejaban la situación especial de cada país.

Hoy mismo, por las causas apuntadas, existe una metodología especial en el movimiento revolucionario de cada país. De

acuerdo con las condiciones de cada nación, el grado de su adelanto industrial, el estado de postración del proletariado y el sistema político que prevalece en un momento dado, los partidos opositores, y entre ellos los anarquistas, se ven obligados a emplear medios de defensa que en ningún caso constituyen un método permanente de acción. Si en las naciones dominadas por la reacción y sometidas a las más precarias condiciones económicas, el proletariado se ve privado de sus elementos defensivos y por ello recurre a armas que cree más eficaces, ¿supone eso que en otros países, en condiciones distintas, se deba imitar el ejemplo de esas luchas determinadas por circunstancias especiales? Y si en España e Italia las represiones impiden la propaganda de las ideas y los anarquistas están forzados a recurrir a la acción subterránea, ¿quiere eso decir que se haya operado para el anarquismo una revisión en los métodos revolucionarios, obligándonos a los militantes de otras regiones a copiar esa modalidad de un movimiento determinado por los hechos que salen del dominio de la voluntad de quienes son actores pasivos de un drama terrible?

Cualquier militante medianamente inteligente y de buena fé, comprende que no es posible confundir las tácticas circunstanciales con el fondo de la doctrina anarquista. Pero existe en ciertos elementos de sospechosa conducta moral, la propensión a confundir los métodos y tácticas de lucha con los principios filosóficos del anarquismo. Se hace doctrina de simples opiniones individuales y se intenta transformar en asunto de revisión lo que es sólo efecto de una rectificación de con-

ceptos secundarios o responde a estados de espíritu puramente transitorios.

Los revisionistas del anarquismo, que precisamente se caracterizan por su inconsecuencia con las ideas, aceptan como buena cualquier opinión que difiera con los conceptos consagrados en la práctica de nuestras luchas. Por eso el "revisionismo" de ahora está ligado a la propaganda dictatorial de los agentes de Moscú y es el fruto del confusiónismo sembrado en nuestras filas por los conversos a la dictadura sobre el proletariado.

Nosotros, que nada tenemos que ver con esos manifiestos del revisionismo, consideramos sin embargo que se está operando en el movimiento anarquista una rectificación de métodos y tácticas de lucha. Y quizás pocos hayan contribuido a esa rectificación, al menos en lo que se refiere a la actividad de los anarquistas en el movimiento obrero, como los que fuimos tachados de dogmáticos, cristalizados y sectarios.

Es, pues, en el campo de la actividad revolucionaria y no en la doctrina, donde el anarquismo va definiendo su propia posición frente al Estado y al capitalismo, que tienen ahora su más firme puntal en los partidos marxistas, ya pregonen las excelencias de la democracia social o propicien la acción violenta para instaurar la dictadura de una nueva minoría privilegiada.

Emilio López Arango

LAS REVOLUCIONES DE CLASE CONSOLIDACION DEL ESTADO

Al leer los episodios de carácter revolucionario, habidos durante el siglo XIX, hasta la Comuna de París, comprendida la gran Revolución Francesa de fines del 18, se percibe el lector de un fenómeno de orden moral que domina, por entero, el alma y el espíritu de las masas revolucionarias.

El punto moral de apoyo en que se basan los elementos subversivos o insurgentes, se revela, invariablemente, por un estado de conciencia que invoca, a cada paso, los derechos de la Nación frente a los privilegios del Estado. En todo el período histórico mencionado, Estado y Nación son dos términos antagonicos, dos mundos en oposición.

Fué en nombre de la Nación que en 1789 se proclamaron, en Francia, los Derechos del Hombre, e invocando los mismos derechos en 1848 fueron sacudidos fuertemente los puntales de los Estados del centro europeo, la Francia inclusiva.

La Europa del tiempo que hablamos se hallaba envuelta en una atmósfera revolucionaria de odio contra el Estado en una forma e intensidad que nosotros no sospechamos y que, tal vez, superaba, en mucho, al concepto despectivo que hoy merece al pueblo esta férrea institución, de brutalidad y de poder.

Los estudios positivistas del siglo pasado, y el florecimiento de la filosofía sociológica, pudieron dar a las generaciones de ayer y de hoy, una base doctrinaria para rechazar conscientemente, y en el orden de las estructuras económicas y políticas, al Dios-Estado. Pero, es evidente que esta clarificación del problema no ha operado, de modo sensible, sobre el alma y el sentimiento popular en el sentido de inducir al pueblo a prescindir en absoluto del Estado, para organizar la vida de la Nación.

El pueblo, tomado en general, no siente hoy un desprecio tan profundo hacia el Estado como sintió ayer.

Si exceptuamos a los anarquistas vemos que todos los demás elementos sociales, llamados de progreso, con la masa neutra atrás, no albergan en su interior, el menor sentimiento de menosprecio hacia esa poderosa organización de fuerza que, con sus fueros, sus prerrogativas y sus impuestos, aplasta la vida entera de la población.

Hoy en día la conciencia del pueblo se halla tan influenciada por la prédica

estatal de los partidos políticos de toda clase que se considera hasta quimérico hacer derivar del Estado los males sociales que sufre el pueblo trabajador.

¿Cuáles han sido los factores, morales o históricos, que han contribuido a crear este estado moral de cosas? Por más paradójal y contradictorio que a simple vista parezca tal vez no fuera ajena a ello, la vieja Internacional.

Al aparecer la Internacional en el plano de las luchas políticas el lenguaje de las fuerzas subversivas históricas tomó, de repente, una significación especial circunscripta al mejoramiento económico del proletariado. El lema "Trabajadores del mundo uníos" operó como ariete en la conciencia de la masa obrera más despierta la cual, a partir de entonces, buscó en sus organizaciones de clase el camino de la emancipación económica, que no había hallado en el seno de los partidos políticos, ni en las luchas y episodios sangrientos del siglo.

Poco a poco, el léxico revolucionario antiguo, fué reemplazado por otro nuevo que, deseando expresar más y mejor los derechos del individuo frente al Estado, los diluyó, circunscribiéndolos al mejoramiento corporativo del hombre-clase. Y hoy, a más de cincuenta años de distancia, vemos que, dicha táctica, aportó bien poco de positivo a la vida y al derecho del pueblo trabajador.

Claro está, que esta desviación que ha sufrido, en la historia, el espíritu subversivo de los pueblos, se debe a la preponderancia del marxismo en el seno de la Internacional, y, más especialmente, a la actuación política y estatal del socialismo, cuyo desarrollo histórico se caracteriza por una justificación y consolidación, cada día más preponderantes, en favor de los derechos del Estado, frente a los derechos naturales del Pueblo, de la Nación.

Muchos de los primeros internacionalistas, exceptuando a Bakunin, en su afán de unir las masas asalariadas a través de las fronteras, e invocando los derechos del proletariado universal, fueron disipando poco a poco, aquella atmósfera revolucionaria que hasta entonces se había creado entre el pueblo, sin distinción de clases ni de categorías, y que, en señaladas fases de la historia revoluciona-

cas de atracción, seguro como está del poder que ejerce sobre la mayoría de la clase trabajadora organizada — y que hacen suya muchos anarquistas, contradice el fundamento de nuestra propaganda en el campo gremial. Si aceptamos como una necesidad para la lucha contra el capitalismo la unión de todos los trabajadores en sindicatos de oficios, federaciones de industria o uniones nacionales, de hecho excluimos la lucha de ideas, que es el objetivo único de nuestra intervención activa en la llamada lucha de clases. De ahí que la declaración neutralista, consecuencia del criterio unitario que dió vida a las corporaciones obreras dominadas por los partidos social-demócratas, favorecen el desarrollo de las tendencias ambiguas en el campo obrero — de lo que nosotros llamamos el camaleonismo — más próximas siempre al socialismo y a la democracia burguesa que a los verdaderos ideales de emancipación y redención sociales.

El anarquismo seguirá fuera del movimiento obrero mientras persista en su táctica prescindente frente a la lucha de tendencias que tienen como escenario el vasto campo de las actividades revolucionarias del proletariado.

RECTIFICACION DE TACTICAS: REAFIRMACION DE PRINCIPIOS

Nos propusimos no tomar en cuenta las muchas opiniones vertidas en nuestra prensa, principalmente en los periódicos sindicalistas y anarquistas de Italia, Francia y España, en torno a una pretendida revisión del anarquismo. Si algo se ha rectificado en los últimos años y como consecuencia de la guerra y de la revolución rusa, el proceso se verificó sin que se dieran cuenta los pregoneros del revisionismo. Y es que los cambios de opinión, primero individual y después colectivamente, se van efectuando a medida que una nueva experiencia pone de manifiesto el error de experiencias anteriores. Y es con el concurso de todos, sin que nos apercebamos de ello, que llegamos a comprender muchas cosas que difícilmente interpretaríamos si nos las trataran de imponer dogmáticamente.

Entendemos, pues, que está suficientemente definida la cuestión del revisionismo, al menos como elemento de juicio para que los anarquistas mantengan en pie los principios fundamentales del comunismo anárquico. Con el desplazamiento de la fracción anarco-bolchevique, que paulatinamente se va operando en todos los países, nuestro movimiento queda libre de las influencias políticas que lo desnaturalizaban. De ahí que, contra los deseos de los conversos a la dictadura roja, los anarquistas terminaron por comprender que lo que exigía el momento histórico no era una revisión doctrinaria, sino pura y exclusivamente una enérgica depuración de nuestras filas de los elementos viciados por la propaganda de Moscú.

Definidas las posiciones, tanto en la teoría como en la táctica del movimiento obrero revolucionario, ¿cabe siquiera que perdamos tiempo en discutir las ideas del anarco-bolchevismo, por más que pretendan sus secuaces representar la tendencia nueva, revisionista, el puente de unión y de pasada del anarquismo teórico al comunismo práctico? ¿Qué conceptos nuevos, que tácticas que no fueran las conocidas, qué fórmulas revolucionarias reveladoras de una concepción extraña al marxismo o al anarquismo, han presentado como material para esa reconstrucción ética los pregoneros del revisionismo? ¿En qué terreno se han situado para formular su programa y sobre qué base trabajaron para establecer la unión de los puntos más antitéticos del socialismo, pretendiendo con ello reconciliar las tendencias autoritarias del marxismo con las corrientes libertarias del movimiento anarquista?

No sólo no fué presentada una base de discusión para rectificar la táctica del movimiento obrero revolucionario, sino que tampoco llegaron los revisionistas a formular un programa que se apartara del que trazaron los comunistas de dictadura. Mucho menos podían, pues, abocarse a la revisión de las ideas anarquistas, de su filosofía, de los conceptos básicos formulados por los precursores y, principalmente, de la parte substancial del anarquismo; la negación del gobierno, de la autoridad, de la ley, de todo lo que constituye el bagaje de la civilización

burguesa. Descontando la manifiesta incapacidad de esos pretenciosos reformadores, ¿cómo podían propender a la reforma de lo que consideraban un dogma cristalizado, hombres que no hacían otra cosa que repetir las palabras de orden de Moscú y los gestos subversivos de los empresarios de revoluciones a plazo fijo? El anarco-bolchevismo, en estos países de inmigración, llegó por las rutas marítimas. No tuvo ni siquiera el mérito de la gestación espontánea y lógica. Nació en el vientre de Moscú y se amamantó con el biberón de la Tercera Internacional. Los primeros "anarquistas nuevos" surgieron, en Montevideo y Buenos Aires, al contacto con un delegado bolchevique enviado por Moscú para organizar los partidos comunistas y las sucursales de la entonces proyectada Sindical Roja, en la América del Sur. Y si el mismo comunismo moscovita careció de importancia tanto en Uruguay como en Argentina y sólo conservó sus raquílicas fuerzas gracias a los continos jeringazos de la casa central que mantenía las diversas sucursales de propaganda, ¿cómo podían propender a una revisión del movimiento obrero orientado por los anarquistas para así forzar al anarquismo a una rectificación de sus ideas básicas?

La base de la influencia bolchevique en la América del Sur no estaba en las minorías comunistas desprendidas del bloque de la social-democracia. El socialismo carecía entonces y carece hoy de verdadera influencia en el movimiento obrero, no adelantando nada en ese terreno los conversos a la "dictadura del proletariado", ya que no pudieron eludir el calificativo de políticos. Debía, pues, Moscú, para crearse un movimiento de opinión favorable a sus conscientes planes contrarrevolucionarios, introducir una cuña en el movimiento anarquista. Y sólo así se explica que el delegado de la Tercera Internacional, a su arribo a Montevideo y Buenos Aires, en vez de dirigirse a los socialistas disidentes que ya insinuaban su tendencia oportunista, haya buscado la manera de relacionarse con los anarquistas, consiguiendo formar el grupo anarco-bolchevique, encargado de introducir la confusión en nuestro movimiento revolucionario.

Ateniéndonos a los hechos desarrollados durante los últimos años y a las experiencias que nos ofreció la guerra y la revolución rusa, es que nosotros nos aferramos con mayor fuerza a las viejas posiciones anarquistas. La revisión del anarquismo sólo pueden propiciarla y desealar la que, por un paulatino divorciamiento con las ideas, llegaron a la conclusión de que el "dogma" les impide moverse en todas direcciones e incursionar en todos los campos. Intentaron romper moldes, abrir brechas en la intransigencia doctrinaria de los anarquistas viejos... los jovenculos deslumbrados por la hoguera rusa y algunos espíritus envejecidos en la incomprensión de las ideas. Y fueron esos "revisionistas" los que nos ofrecieron, como una novedad, teorías desenterradas de las catacumbas del marxismo.

Recordemos que en hombre de la revolución se intentó subordinar nuestro movimiento al politiquerismo dictatorial. Se alegaba la necesidad de poner a las ideas anarquistas a tono con la realidad. Pero el realismo de los conversos a la dictadura era una vulgar patraña. Lo que se quería era desarmar nuestra intransigencia doctrinaria para que los métodos bolcheviques obtuvieran la sanción de los adversarios irreductibles de la llamada experiencia rusa: El Estado obrero, el terror rojo y la consagración del despotismo en nombre del proletariado.

En un período convulsivo como el que vivimos en los cinco primeros años de la revolución rusa, era fácil arrastrar a las grandes masas a una lucha puramente instintiva. También de esa gestación revolucionaria los anarquistas intentaron sacar ventajas, entendiendo que era aquél el momento propicio para lanzar al proletariado a la lucha contra el enemigo mortal: el capitalismo. De ahí el empleo de métodos y tácticas de lucha circunstanciales, más tarde rectificadas por sus mismos propiciadores, que respondían a un momento histórico y reflejaban la situación especial de cada país.

Hoy mismo, por las causas apuntadas, existe una metodología especial en el movimiento revolucionario de cada país. De

acuerdo con las condiciones de cada nación, el grado de su adelanto industrial, el estado de postración del proletariado y el sistema político que prevalece en un momento dado, los partidos opositores, y entre ellos los anarquistas, se ven obligados a emplear medios de defensa que en ningún caso constituyen un método permanente de acción. Si en las naciones dominadas por la reacción y sometidas a las más precarias condiciones económicas, el proletariado se ve privado de sus elementos defensivos y por ello recurre a armas que cree más eficaces, ¿supone eso que en otros países, en condiciones distintas, se deba imitar el ejemplo de esas luchas determinadas por circunstancias especiales? Y si en España e Italia las represiones impiden la propaganda de las ideas y los anarquistas están forzados a recurrir a la acción subterránea, ¿quiere eso decir que se haya operado para el anarquismo una revisión en los métodos revolucionarios, obligándonos a los militantes de otras regiones a copiar esa modalidad de un movimiento determinado por los hechos que salen del dominio de la voluntad de quienes son actores pasivos de un drama terrible?

Cualquier militante medianamente inteligente y de buena fé, comprende que no es posible confundir las tácticas circunstanciales con el fondo de la doctrina anarquista. Pero existe en ciertos elementos de sospechosa conducta moral, la propensión a confundir los métodos y tácticas de lucha con los principios filosóficos del anarquismo. Se hace doctrina de simples opiniones individuales y se intenta transformar en asunto de revisión lo que es sólo efecto de una rectificación de con-

LAS REVOLUCIONES DE CLASE CONSOLIDACION DEL ESTADO

Al leer los episodios de carácter revolucionario, habidos durante el siglo XIX, hasta la Comuna de París, comprendida la gran Revolución Francesa de fines del 18, se percibe el lector de un fenómeno de orden moral que domina, por entero, el alma y el espíritu de las masas revolucionarias.

El punto moral de apoyo en que se basan los elementos subversivos o insurgentes, se revela, invariablemente, por un estado de conciencia que invoca, a cada paso, los derechos de la Nación frente a los privilegios del Estado. En todo el período histórico mencionado, Estado y Nación son dos términos antagonicos, dos mundos en oposición.

Fué en nombre de la Nación que en 1789 se proclamaron, en Francia, los Derechos del Hombre, e invocando los mismos derechos en 1848 fueron sacudidos fuertemente los puntales de los Estados del centro europeo, la Francia inclusiva.

La Europa del tiempo que hablamos se hallaba envuelta en una atmósfera revolucionaria de odio contra el Estado en una forma e intensidad que nosotros no sospechamos y que, tal vez, superaba, en mucho, al concepto despectivo que hoy merece al pueblo esta férrea institución, de brutalidad y de poder.

Los estudios positivistas del siglo pasado, y el florecimiento de la filosofía sociológica, pudieron dar a las generaciones de ayer y de hoy, una base doctrinaria para rechazar conscientemente, y en el orden de las estructuras económicas y políticas, al Dios-Estado. Pero, es evidente que esta clarificación del problema no ha operado, de modo sensible, sobre el alma y el sentimiento popular en el sentido de inducir al pueblo a prescindir en absoluto del Estado, para organizar la vida de la Nación.

El pueblo, tomado en general, no siente hoy un desprecio tan profundo hacia el Estado como sintió ayer.

Si exceptuamos a los anarquistas vemos que todos los demás elementos sociales, llamados de progreso, con la masa neutra atrás, no albergan en su interior, el menor sentimiento de menosprecio hacia esa poderosa organización de fuerza que, con sus fueros, sus prerrogativas y sus impuestos, aplasta la vida entera de la población.

Hoy en día la conciencia del pueblo se halla tan influenciada por la prédica

ceptos secundarios o responde a estados de espíritu puramente transitorios.

Los revisionistas del anarquismo, que precisamente se caracterizan por su inconsecuencia con las ideas, aceptan como buena cualquier opinión que difiera con los conceptos consagrados en la práctica de nuestras luchas. Por eso el "revisionismo" de ahora está ligado a la propaganda dictatorial de los agentes de Moscú y es el fruto del confusiónismo sembrado en nuestras filas por los conversos a la dictadura sobre el proletariado.

Nosotros, que nada tenemos que ver con esos manifiestos del revisionismo, consideramos sin embargo que se está operando en el movimiento anarquista una rectificación de métodos y tácticas de lucha. Y quizás pocos hayan contribuido a esa rectificación, al menos en lo que se refiere a la actividad de los anarquistas en el movimiento obrero, como los que fuimos tachados de dogmáticos, cristalizados y sectarios.

Es, pues, en el campo de la actividad revolucionaria y no en la doctrina, donde el anarquismo va definiendo su propia posición frente al Estado y al capitalismo, que tienen ahora su más firme puntal en los partidos marxistas, ya pregonen las excelencias de la democracia social o propicien la acción violenta para instaurar la dictadura de una nueva minoría privilegiada.

Emilio López Arango

ria a través de los siglos, había dado margen a tantas luchas contra el Estado, señor todopoderoso.

Hoy, que el proletariado universal, como clase productora, ha conseguido ciertas mejoras económicas, que en nada alteran su situación de hombre asalariado, sería conveniente reflexionar un poco sobre la trayectoria recorrida por el espíritu revolucionario de las fuerzas rebeldes y ver cuáles han sido, en realidad, las ventajas que, a la causa verdadera de la revolución, aportó el concepto clasista de la Internacional.

Si analizamos un tanto las causas y los motivos que determinaron, hasta hoy, casi todas las revoluciones, veremos que éstas se generan o producen más por factores de orden interno que externo. Que nosotros sepamos, la Internacional no realizó, ni tampoco inició, en ningún período de su existencia, una u otra revolución, en éste o aquél país.

Cuando las revoluciones o revueltas de los últimos cincuenta años se produjeron, aquí y allá, lo hicieron sin contar, para nada, con la fuerza que podría llegarles de un poder exterior, del seno de una junta cualquiera. Obedecieron a un dinamismo que se manifestó siempre por una acción desde adentro y no a la inversa. Y cuando la Internacional quiso intervenir en alguna revolución, su obra fué más bien contraproducente o se halló en pugna con el concepto o marcha de la misma. Recuérdese, para ilustración del caso, la ingerencia de la Primera Internacional en el movimiento revolucionario de la Comuna de París y la inmisericordia de la Tercera en el movimiento obrero subversivo de estos tiempos.

Pero lo que más sorprende, en este aspecto de las luchas sociales a través de la historia, no es sólo lo expuesto hasta aquí sino más bien el hecho de que muchos anarquistas internacionalistas hayan caído en el error de clase y contribuido indirectamente con los marxistas a preparar ese estado mental del pueblo que, si bien no espera la felicidad de parte del Estado tampoco ve en éste al enemigo más inmediato que tiene el pueblo trabajador, y, por consiguiente, el causante principal de sus males.

Y no obstante, Bakunin no dejó nunca de invocar los derechos o el nombre de la Nación frente al Estado y no cayó en la unilateralidad de clase de la cual se hallaron tan impregnados muchos internacionalistas, resultando inconcebible que en nuestros días haya todavía anarquistas que se esfuerzan en reducir las proyecciones de la revolución, dentro de los límites estrechos de un sindicalismo prescindente. Y aún cuando el anarquismo se halla compuesto, en su mayoría, por obreros asalariados, debemos decir la verdad sobre el aspecto de este problema.

Los intereses de la clase trabajadora, como tal, no pueden tener, para los anarquistas, más importancia o valor que los intereses de otra clase social cualquiera. Que ya hemos visto por el triunfo del bolcheviquismo ruso, cómo invocando el interés del proletariado se puede llegar a la dictadura o a la supremacía política de una clase, en perjuicio de la Nación.

El deber primordial de los anarquistas es, pues, insistir, ahora más que nunca, en el carácter general que debe tener la revolución y demostrar que el predominio de un partido político, o de una clase social, en el seno de la Nación, tiene que tender, forzosamente, a la consolidación del Estado, llámese militar, burgués o proletario.

La propaganda meramente económica, desarrollada en el seno de las organizaciones obreras, con raras excepciones, ha tendido a demostrar que, para el trabajador, no había más enemigo, en el mundo, que la clase capitalista. Al Estado se lo conceptuó, casi siempre, como un mero servidor de los capitalistas, nunca un adversario de ellos.

En cambio vemos que el Estado es hoy una entidad que vive de por sí, por los poderes que le ha conferido el pueblo, o se abrogó por sí mismo. Y si bien es cierto que mediante la concesión de monopolios puede determinar un aumento de miseria entre los pobres y enriquecer más a los ricos también puede, en casos nor-

males o extremos, sacar tanto de éstos como de aquéllos, los recursos necesarios para aranzarse, mear y vivir. El Estado, bajo el apelativo de radical, socialista o comunista, puede hasta atacar los intereses de la clase capitalista sin que ello signifique, para el pueblo, una revolución. Para esto se le ha contenido el derecho de poner y percibir impuestos con los cuales atiende sus gastos de monstruo devorador.

El Estado, como hemos visto en las experiencias socialistas y comunistas de los tiempos presentes, puede incluso limitar o suprimir las actividades capitalistas, y, ello no obstante, subsistir como fuerza, como poder. Y lo malo del caso no sería la preponderancia que el Estado ha tomado en la vida de la Nación sino lo inficionada que se halla la mayor parte de la clase trabajadora, por la idea de dicho poder. Por sí este ha de ser socialista, comunista o sindicalista, se hallan en lucha recíproca, y se combaten mutuamente, los partidarios de una y otra tenencia.

Ninguno de ellos piensa en anteponer los derechos de la Nación frente al Estado. Menos aun crear, en el seno del pueblo, una corriente de opinión que se halle por encima de los intereses particulares de clase o de partido. Nadie piensa en extender, a todos, los beneficios de una transformación. Cada uno atiende a su peculiar punto de vista, en perjuicio u olvido de los demás. Nadie piensa ya en luchar contra el Estado, en beneficio de la Nación. Sólo los anarquistas realizan esta tarea.

Pero, su obra y su prédica se hallan todavía tan impregnadas de marxismo que, en algunas partes y países, se presta a fácil confusión.

Enrique Etido

EN MARCHA

LA IDEA

La idea es como el éter, lo llena todo, lo penetra todo, lo transparente y lo evidencia todo. Por intermedio de las ideas, comprendemos, interpretamos, nos interiorizamos de la vida y de la naturaleza. Tenemos noción de la vida por las ideas que de ella nos forjamos. Si hasta parece que la idea es la que anima a los elementos, a la naturaleza toda, desde el electrón al átomo, desde éste a la célula, desde la célula al hombre, a los astros, al universo todo. La idea lo escudriña todo, lo crea, lo transforma, lo modifica.

La vida más perfecta en la escala animal, ¿no radica en la facultad del pensamiento? Las ideas ¿no son acaso el fruto o la manifestación de esa facultad? El hombre ha superado o se distingue de los demás animales por la noción que tiene de las cosas, y esta noción ¿no es tria acaso en las ideas? La perfección consiste, entonces, en la aptitud para forjar ideas. Si pudieran forjarse las ideas que los hombres poseemos de las cosas, vivirían como nosotros y hasta adquirirían nuestras formas orgánicas. Pero lo de la forma no es un obstáculo para que deje de haber hombres que piensan como animales, ni animales que superen por su forma de pensar y de obrar a ciertos hombres, inclusive el que suscribe, para que nadie se dé por aludido... Pero dejémoslos de bromas...

La idea que no es la anticipación del hecho no es más que una locura. Los que no se atreven a escudriñar el porvenir, porque no ven nada ni comprenden nada ni sirven para nada, no poseen el causal de las ideas que provocan y confirman los hechos, y como no pueden anticipar nada, viven como los locos, repitiendo el pasado.

No recuerdo quien ha dicho que la idea provoca la acción; luego, la vida del hombre está en la idea y ésta en la voluntad. He ahí el significado de las ideas.

EL HOMBRE

El hombre y la idea se complementan, se identifican. La idea no significaría nada sin el hombre, ni éste sin la idea. El hombre es una idea en marcha. El hombre está, entonces, en la idea, por-

que sus aptitudes, sus sentimientos y sus posibilidades de vida y de perfección se desprenden de las ideas que lo caracterizan. El hombre es hoy lo que pensó ayer, mañana será lo que piensa hoy. El instante no es más que la memoria del pasado; como el ideal no es más que la anticipación del porvenir. Cuando el hombre piensa todo se aclara a su alrededor. Nada hay que haga estremecer tanto la naturaleza del hombre como la inquietud del pensamiento. "Yo sé que nada sé", es el principio de todo conocimiento. El arcano, el más allá, lo desconocido, todo eso y mucho más, lo lleva el hombre en sí mismo. La mayor perfección del hombre consiste en comprender que se puede ser mejor de lo que se es.

La vida del hombre está o se manifiesta en sus ideales del porvenir.

LA HUMANIDAD

El hombre es algo, vale algo, sirve para algo, es hombre, en una palabra, en virtud de la relación que guarda con los demás hombres, esto es, con la humanidad. Entre el individuo y la especie exis-

PRIMERO DE MAYO DE TINIEBLA

El Primero de Mayo, que se había vuelto ya la fiesta del canto y de la luz, la fiesta de las esperanzas, mientras persistía aún entre los himnos de amor y de alegría un toque de batalla y un ardiente impulso hacia el porvenir, este año pasa en Italia y en Europa envuelto en los velos oscuros del luto y de la trepidación.

Ni alegría ni cantos, hoy, del Tiber al Volga; y si el puño brutal de los tiranos de la tierra que cierra nuestros ojos en la angustia y en el ansia no ha podido a pesar de todo apagar el anhelo de las esperanzas y de las batallas, por que sólo la muerte podrá anularlo en los individuos y sólo la inmersión de los continentes bajo los océanos podrá matarlo en los pueblos, no obstante, esta esperanza está constreñida a encubrirse profundamente bajo las frias cenizas de tantas desilusiones, y la voluntad de combatir no logra aún encontrar un camino para afirmarse clamorosamente a la luz del sol.

La fría razón encuentra que todo esto es perfectamente lógico, y que era en cierto modo inevitable. Después de la enorme crisis de la guerra mundial, que ha exterminado en las llanuras y en los montes, en los mares y en el cielo de Europa millones de vidas humanas y millones de millones de riquezas acumuladas en siglos de trabajo humano; después que la bestia humana ha sido con un horrible esfuerzo de cinco años resucitada y acariada y alentada en la obra de sangre; después que un solo frenesí de odio y de mentira ha oscurecido toda luz de amor y de verdad, y al lado de la muerte la degeneración mataba las almas, ¿qué de extraño que el progreso se haya detenido y la causa más grande — a la que está unida la suerte de todos los progresos, — la causa de la libertad haya quedado derrotada?

Siempre, en la historia, hemos visto a las grandes guerras suceder un más o menos largo crepúsculo de la libertad. El crepúsculo, no el ocaso; pues después de un momentáneo declinar y oscurecerse, la libertad proseguía más bella y más fuerte su camino. Así también hoy, nosotros sabemos que inanes resultarán al fin los esfuerzos de los oscurantistas de la reacción, de los lasquetetes de la regresión; pero nuestra débil carne humana se rebela a la idea de tener que esperar.

He aquí por qué en vano la fría razón nos demuestra lógico y coherente a las leyes históricas todo lo que sucede. Nosotros sufrimos lo mismo.

El primero de mayo de este año encuentra a Europa en una situación peor que la del año pasado. La crisis económica sigue invariada, bien que los banqueros de París y de Londres hayan conseguido rellenar mejor sus carteras, bien que la alta burguesía industrial germánica haya podido salvarse de la quiebra, bien que la menor plutocracia de Italia y de España haya logrado reconstruir sus

te la misma relación que entre el árbol y su fruto. Toda acción u obra que favorece o contribuye al desenvolvimiento físico, moral e intelectual, esto es, del conjunto universal, repercute sobre la vida del individuo, porque él es la expresión reveladora de todos los esfuerzos y de todas las inquietudes que animan la vida de la especie. La idea de dios, es decir, de una causa sin causa, es absurda, porque no tuvo antecesores; la idea de la anarquía, es decir, la causa de la humanidad, es lógica, porque ella es la síntesis de la evolución y de la experiencia que los hombres adquirieron de la vida.

De la misma manera, los "genios" no son más que la síntesis del esfuerzo común de las generaciones. Decir que un hombre creó el arte, la ciencia, la civilización, la vida o la misma naturaleza, es decir la mayor estupidez del mundo; el único "ser" creador es la humanidad; no hay más genio que el de la especie. El hombre es el fruto, la humanidad el árbol; cuidemos la tierra (que es la vida) y el árbol reverdecerá en sus frutos eternamente.

A N D A

balances segando los salarios obreros, bien que la nueva política económica de Rusia haya alcanzado el objetivo de reconstituir una clase explotadora odiosa y ávida como la antigua.

Si, es cierto; la hacienda de los grandes burgueses, de los grandes industriales, de los grandes propietarios de tierra, ha mejorado, vale decir que todos los propietarios, la pequeña minoría de los privilegiados de la riqueza, se han hecho más ricos. Pero los países, tomados como colectividades vivientes, no por eso se han empobrecido menos. Las condiciones económicas de la clase obrera han empeorado, los salarios han disminuido, menos en localidades excepcionales; y en todas partes el costo de la vida es mayor que el del año anterior y continúa subiendo de modo vertiginoso.

Pero lo que más preocupa, no tanto al estudioso que vé las relaciones de causa a efecto y se da razón de los hechos con el examen de las causas, lo que preocupa más a los que viven la vida del pueblo, que luchan cotidianamente por el pan y la libertad propios y de todos, es este crepúsculo siempre más oscuro de la libertad a que me refería más arriba. Las condiciones de Italia y de España son conocidas; y así también son conocidas las condiciones igualmente negativas, y tal vez más, de la libertad en Rusia. Pero es preciso también seguir la evolución de las instituciones en Inglaterra, el país clásico del liberalismo burgués, donde, desde el fin de la guerra, se van apretando los frenos siempre más en provecho de una bien enmascarada dictadura conservadora de clase, cuya intensificación no ha sido interrumpida más que de modo insignificante por el breve paréntesis del mismo gobierno laborista.

Alemania, aplastada, oprimida y mutilada por los Estados que ganaron la guerra, podía representar el centro de un movimiento ultrademocrático y blandamente socialista, si la política de los vencedores no hubiese con su malvada violencia pasado todos los límites de lo humano y de lo honesto, y rehabilitado por lo tanto a los ojos de una gran parte del pueblo germánico hasta a los infames generales del kaiser. Bajo la presión extranjera, la social-democracia alemana se convirtió en agente de represión y de reacción; y fué ella quien abrió la marcha hacia el regreso, en el cual no se sabe cuándo Alemania podrá detenerse. Ciertamente, los partidos reaccionarios y conservadores prevalecen hoy allí; y en el centro de Europa justifican y refuerzan a la vez toda la reacción de los países que la circundan.

Quien observa atentamente a Francia no se hace ilusiones sobre las apariencias democráticas del actual gobierno jacobino, que con una moderada política anticlerical trata de satisfacer las tendencias inconscientemente progresistas de las masas, pero, de otra parte, de hecho pone el freno más enérgico sobre toda expresión de voluntad y de energía de

la clase obrera. Independientemente del gobierno, por lo demás también en Francia la alta banca y el alto clero aliados están organizando la reacción "a toda costa", vale decir, también la reacción ilegal que no se avergonzaría de echar al aire las mismas instituciones republicanas, si eso fuese necesario para salvar sus privilegios y sus carteras, o si fuese indispensable para echar atrás el carro del progreso social.

De este examen objetivo de la situación no se debe deducir que la salvación de la libertad pueda obtenerse de una política democrática estatal. El Estado es alternativamente autocrático o democrático según las circunstancias, pero un sistema desemboca inevitablemente en el otro, y viceversa. Cuando la clase dirigente vé que la democracia ha tocado los límites de lo útil para sí, e impulsada más adelante la dañaria, entonces rompe su misma legalidad y vuelve al absolutismo. Así, cuando el absolutismo ha dado todos los frutos esperables del afianzamiento de la autoridad y del privilegio, pero la excesiva tirantez de la cuerda amenaza romperla y determinar la revolución, entonces la clase dirigente busca una salida y una desviación del creciente espíritu de revuelta, en la democracia; y ahora que se encamina a un siempre mayor absolutismo, vemos a las clases burguesas y pequeño-burguesas, todas ya más o menos fascistas o filofascistas, prepararse de nuevo la escapatoria de las constituciones democráticas. Tanto que, mientras los fascistas tratan de hacer en la práctica el Estado fuerte, también los social-democráticos no ven otra salud y no invocan más que el Estado fuerte; naturalmente, "fuerte" para los primeros contra los segundos y para los segundos contra los primeros. Pero para el pueblo, para los súbditos, se trata siempre de pasar de la sartén a las brasas, y viceversa.

La salud no está entonces más que en la rotura de este círculo vicioso, en substraerse a estas alternativas que están siempre en el ámbito de las instituciones estatales y capitalistas. Estas alternativas pueden también, eventualmente, en su juego, ser aprovechadas por los partidos y movimientos de libertad y de progreso, desde diversos puntos de vista, pero sería erróneo tomar por conquista efectiva y definitiva, ni aún mínima, lo que es solamente una adquisición ocasional, aparente y transitoria. Esto no debemos disimularnoslo, ni siquiera mientras sufrimos en la parte más áspera y peligrosa del círculo vicioso, del ciclo infernal de la esclavitud social moderna.

Tal es la situación en que nos coge este año el alba de mayo. Constatar tal situación muy poco feliz no significa en ningún modo desesperar; pero no debe ocultarse que todo esto aumenta nuestros deberes, los deberes de las minorías activas de libertad y de progreso, de aquella parte de proletariado que ha sabido espiritualmente emanciparse del viejo mundo y quiere combatir para constituir una sociedad de hombres libres.

En los años pasados, y más especialmente antes de la guerra, era costumbre dedicar la jornada del primero de mayo a una especial reivindicación de actualidad, que resaltase sobre el fondo de las reivindicaciones generales anticapitalistas y antiestatales de que sobre todo se hablaba y en torno a la cual giraba la propaganda en aquella ocasión. Según el momento y el prevalecer de este o aquel partido político, la palabra de orden del "primero de mayo" ha sido vez a vez la jornada de ocho horas, la liberación de las víctimas políticas, la limitación y supresión de los gastos militares, la guerra a la guerra, etc.

La palabra de orden del "primero de mayo" de este año debería ser una sola, en todas partes; y por lo demás lo es ya para todo hombre sediento de bien y de justicia, aunque no sea declarada formalmente. Grito de todas las almas, pasión de todos los corazones, vibración de todas las mentes, llamada de esperanza y de lucha que se ha transmitido de siglo en siglo por boca de los sabios, de los mártires y de los héroes del progreso humano, esta palabra de orden hoy es: ¡LIBERTAD!

Luigi Fabbrì

Los Cristos de Chicago

"El interés personal sólo es la prolongación de la animalidad; la humanidad no comienza en el hombre sino con el desinterés." (Diario Intimo.— Enrique Federico Amiel)

La meditación debía invadirnos y apoderarse de nuestras mentes para revivir todos los episodios, acontecimientos, acciones, hechos, obras acometidas, vistas, presenciadas que nos abrasaron con su fuego purificador, o nos helaron, nos emponzoñaron con su contacto de serpientes venenosas del mal.

No siempre el enemigo se halla fuera; el peor enemigo es el que llevamos dentro, en uno mismo. No incitamos a nadie, que en este particular día haga también algo particular. Enemigos mortales y acérrimos de la menor sombra de fetichismo, del endiosamiento de una cosa o de una criatura, no deseamos convertir esta efeméride, ni que se convierta, envileciéndola, en una fecha de almanaque. No, nada de santoral, ni de martirologio anarquistas. ¡No! Los mártires de Chicago no tienen privilegio alguno sobre los mártires cotidianos, como Cristo no lo posee tampoco sobre cualquier proletario camuflado y asesinado.

Fueron hombres, hombres como nosotros. Héroes, sí. Es que todos llevamos en nosotros la chispa encendida o el rescoldo de un regenerador heroísmo. No se nos negó la luz, débil llama de la conciencia, que al embrutecernos y enlodarnos, la apagamos. Todos podemos alcanzar a lo heroico en un momento dado. Basta que acrecentemos nuestra temperatura interior con el esfuerzo cotidiano de superarnos hacia la meta invisible de un perfeccionamiento continuo, para que escalemos las abruptas cumbres de cualquier gólgota. El hombre puro, el que más se acerca a ese ideal, es el más fuerte. Nada teme. Ni el martirio ni la misma muerte.

Cuando incitamos al principio a la meditación y al recogimiento en un exámen retrospectivo de los pasados días, es para que calculemos la distancia que media entre nosotros y esos seres valerosos, que como milares de otros, se sacrificaron con profundo amor para alcanzar el más puro y desinteresado heroísmo, en tregrado a la eternidad su martirologio: semilla fecundadora. Es para que franqueáramos esa distancia, día a día, paso a paso, en ascendencia incesante hacia la fortaleza de ánimo, que debemos contemplar nuestro panorama interior. Ahí quizás, se halle el obstáculo y el enemigo.

Es para que nos preparemos a arribar a ese estado incontaminado por el que se destierra todo lo precario de nuestra débil naturaleza, maculada de prejuicios y temores, y nos hallemos prontos a afrontar los peores trances con tal triunfe la luz de nuestra conciencia y de nuestras más caras convicciones. Extirpando la mala yerba, la cizaña que oculta esa cisterna que todos llevamos en

Carta de Eliseo Reclus a la redacción de la "Huelga General"—Barcelona

Bruselas, 4 de diciembre de 1901. Queridos camaradas: Tenemos en general el hábito de exagerar tanto nuestra fuerza como nuestra debilidad; así, durante las épocas revolucionarias, nos parece que el menor de nuestros actos debe tener consecuencias incalculables y, en cambio, en ciertos momentos de marasmo, toda nuestra vida, aunque consagrada enteramente al trabajo, nos parece infucada e inútil, y nosotros nos creemos hasta llevados por un viento de reacción.

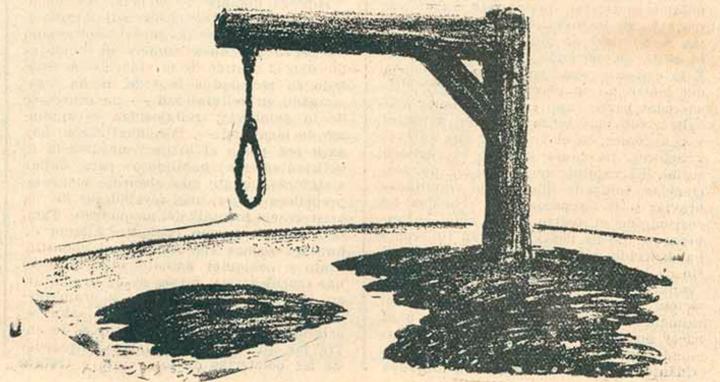
¿Qué es preciso, pues, para mantenernos en estado de vigor intelectual, de actividad moral y de fé en el buen combate? Os diré a mí porque contáis con mi experiencia de los hombres y de las cosas. Y bien, en mi dignidad de anciano, me dirijo a los jóvenes y les digo: Nada de querellas ni de personalidades. Escuchad los argumentos contrarios después de haber expuesto los vuestros; sabed callaros y reflexionar; no tratéis de tener razón en detrimento de vuestra sinceridad.

Estudad con discernimiento y perseverancia. El entusiasmo y la abnegación, hasta la muerte, no son el único medio de servir la causa. Es fácil dar la vida, no siempre fácil conducirlas de suerte que nuestra vida sirva de enseñanza. El revolucionario consciente no es sólo un hombre de sentimiento, es también un hombre de razón de quién todos los esfuerzos en vista de más justicia y solidaridad se apoyan en conocimientos exactos y sintéticos de historia, de sociología, de biología, que puede, por decirlo así, incorporar sus ideas personales en el conjunto genérico de las ciencias humanas y afrontar la lucha, sostenida por la inmensa fuerza que sacará de esos conocimientos.

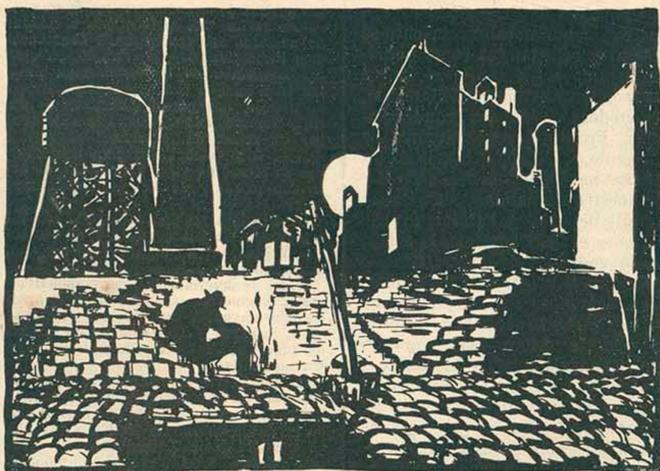
Evitad las especializaciones; no pertenezcáis ni a las patrias ni a los partidos, no seáis ni rusos, ni polacos, ni eslavos; sed hombres ávidos de verdad, emancipados de todo pensamiento de interés, y de toda idea de especulación frente a los chinos, a los africanos a los europeos: el patriota llega a detestar al extranjero, a perder el sentimiento de justicia que iluminó su primer entusiasmo. Ni amo ni jefe, ni apóstol en el lenguaje considerado como palabra del evangelio; huid de los ídolos y no busquéis más que la verdad en los discursos del amigo más querido, del sabio profesor. Si, habiéndole escuchado, conserváis alguna duda, bajad a vuestra conciencia y volved a comenzar el exámen para juzgar en última instancia.

Por consiguiente, rechazar toda autoridad, pero atenerse al respeto profundo de la convicción sincera; vivir su propia vida, pero reconocer a cada uno la entera libertad de vivir la suya. Si os lanzáis a la lucha para sacrificáros en defensa de los humildes y de los ofendidos, está bien, compañeros, afrontad noblemente la muerte. Si preferís la lenta y paciente labor en vista de ella el objetivo de cada uno de los instantes de una vida generosa. Pero si preferís quedar pobres entre los pobres, en completa solidaridad con los que sufren, que vuestra existencia se irradie en luz bienhechora, en perfecto ejemplo, en fecunda enseñanza. Salud, camaradas.

EISEO RECLUS



SERENO



Noche de frío y viento. La calle desventrada tiene el aspecto de una barricada.

Junto a la hoguera de adoquines, cuida el sereno, un viejito de faz semidormida y tembloroso cuerpo, todo acurrucadito.

Yo pasé... ¡pero yo debí quedarme junto a aquel pobre viejo! Y al calor de su hoguera de adoquines sentarme; y hacerle compañía, charlar con él acaso... Mas yo, ¡animal estúpido!; mas yo, ¡egoísta fiera!, pensé en mi cama, apresurando el paso.

Como un ojo con sangre, miróme largo el ojo de un farolito rojo.

Alvaro Jungue

El teatro nacional en 1924-25

Cada vez que se hace el balance de un año teatral, es preciso reeditar las mismas lamentaciones: El teatro nacional se halla en bancarrota, los mercaderes trafican impunemente en el templo. Y se buscan las causas: No hay autores, no hay siquiera un autor de talento que señale la pauta. Los que se iniciaron, quince años ha, llenos de buenas intenciones y cuando el teatro prometía tanto, hoy se han mercantilizado o han muerto, o sólo repiten, agotados, sus éxitos de la primera hora. Tampoco hay actores. También se carga las culpas al público: el público es trivial, quiere reír, va al teatro a hacer la digestión. ¿Qué otras causas se aducen? Se multiplican, se baja a lo sutil, se asciende hasta la paradoja. Y la causa es una, porque la decadencia del teatro no se percibe aquí sólo, sino en todas partes, aun en las naciones más cultas, con más larga tradición artística y con genios en el haber de sus autores y actores. La causa está en el régimen social. El capitalismo corruptor de conciencias, solapado limador de voluntades bravas y de temperamentos rebeldes, ha corrompido el teatro — el arte, en general —. Lo ha desviado de su fin, como ha desviado a la vida misma. Porque el fin de la existencia humana, no finca en "ganarse la vida", "en hacerse una posición", sino en superarse mental y moralmente. Individuo por individuo, para hacer posible la realización de la fraternidad humana: verdadero fin de la vida. ¿Cuántos hombres de entre los millones

que constituyen una nación encaminan su existencia hacia este fin? El teatro — como todo el arte, la ciencia y cualquier otra actividad humana — debiera colaborar en ese fin. No lo hace; pero no por que él solo sea el prostituido, sino por que toda la vida, en sus más nobles actividades, se halla prostituida por el capitalismo corruptor. Ya se ve, pues, como la causa de la decadencia del teatro, es más trascendental y no local, como los críticos miopes del periodismo grande se han dado en repetir con muy elegiaco tono, naturalmente.

Hoy es hombre de ciencia, por ejemplo, el inventor de gases asfixiantes. Y lo es tal monstruo porque el capitalismo ha hecho que buen número de hombres pierdan el sentido de la vida. Le ha estado su seriedad a la vida, le ha escamoteado su religiosidad — no asustarse de la palabreja: religiosidad es sinónimo de idealidad —. Por igual razón, hoy pasa por poeta el primer mequetrefe lo suficientemente habilidoso para hallar metáforas, cuanto más absurdas e incomprendibles mejor, más reveladoras de "la aristocracia mental" del mequetrefe. También por eso mismo, cualquier hilador de burdas escenas reidoras es un comediógrafo y cualquier amontonador de escenas truculentas y cursis, es un dramaturgo. De estos comediógrafos y dramaturgos es el cardumen que pulula, salta, se arrempuja, se arrebató el pingajo de entre las apretadas mandíbulas, alrededor de las boleterías de los veinte o treinta

negocios que el llamado teatro nacional tiene establecidos en Buenos Aires y provincias.

Y pasemos un vistazo a esa producción en el lapso de 1924 hasta este 1.º de Mayo de 1925.

La compañía de Blanca Podestá, harto afecta al melodrama, debutó con *El Alma Desnuda*, del señor Ascasuso, obra sin ningún mérito. Después, el infame señor Eduardo Rossi, inolvidable autor de un libro de versos con el que ganó — según expresión de un crítico — "más medallas en Juegos Florales que una comparsa de Carnaval", dió "María", bono poemón arrancado de la cursi novela de Jorge Isaacs y con el que obtuvo su fin: hacer moquear a las sentimentales burguesitas que llenan la sala de Blanca Podestá. El infame Rossi, se halla todavía en el troglodítico tiempo del teatro en verso. Ha sustituido, entre nosotros, a Belisario Roldán, y es más malo que éste, si cabe. Su verso es aún más ramplón, más inseguro, y la arquitectura de sus obras es aún más churriguera, más endeble. Estos *echegarayes* criollos, no tienen siquiera la cualidad con que el Echegaray español arrastraba a su público: la sonoridad del instrumento, la perfección técnica. En el mismo teatro se dió *Mater Dolorosa*, melodramón inverosímil del incalificable señor Sully Krieger, que abandona temporalmente su comercio para hacer estas irrupciones en el campo teatral. Hasta el señor Alberto Ballerini, "director artístico" (sic) del conjunto, se permitió representar una obra elaborada en su caletre. Ya hemos olvidado hasta el título, porque la obra no consiguió ningún éxito, pese a los números de "varietés" con que se la salpicaba. Estos fueron los títulos sobresalientes del programa de esta compañía que constituyó el más pingüe negocio del año entre los teatros serios. La temporada se salvó artísticamente por las traducciones que se pusieron en escena. Desde hace dos años a esta parte, la señora Podestá ha tenido la salvadora ocurrencia de dar las obras que da María Melato, la actriz italiana. Es así, pues, como en el mismo escenario donde el infame Rossi y el incalificable Krieger estrenaron sus delitos, se pudo ver *La Vida del Hombre*, del genial Andreiev.

La compañía Camila Quiroga, se inició con su éxito de la temporada precedente: *La Divisa Punzó*, el frío y lánguido drama de Paul Groussac. Mucho ruido se hiciera alrededor de este nombre con motivo de su debut como hombre de teatro. "La Nación" siempre halla eco entre sus colegas de la prensa grande. Es algo así como el heraldo de la fama. Y "La Nación" echó a volar su más vocinglera trompetería en elogio del anciano director de la Biblioteca Nacional. Este, que nunca fué artista, sino erudito, no ha hecho, no era lógico que la hiciera, obra de artista; su drama, bien documentado y bellamente escrito, carece de emoción; y en su último acto, llega a hacerse interminable. En su afán de atraerse un "público selecto", esta compañía, dió una serie de comedias pacaatas, en las que, como en los films cinematográficos, todo se arregla. Se podrían resumir así: "Aquí no ha ocurrido nada". Con tal mediocrísima producción, la temporada fué languideciendo hasta obligar a la señora Quiroga a que huiese...



La compañía Pagano no fué más feliz. Rodeada de un conjunto malo, intentó inútilmente sostenerse en el Marconi. Dió *La Hermana Teresa*, de Samuel Eichelbaum, obra que no agregó nada a su autor; dió algunas traducciones e hizo conocer dos autores noveles que no pasaron de la buena intención. Y huyó también, corrida por el vacío. Reapareció en el Liceo, sin mejor suerte. Ahora ha iniciado su temporada en este teatro con *Lassalle*, obra de José León Pagano. La figura del protagonista, un precursor del socialismo, atrajo la curiosidad sobre la obra. En rigor, se trata de un drama con más movimiento exterior que médula ideológica. Pagano, que es un intelectual, no un artista, no pudo sentir al fogoso líder alemán en lo que tiene de interesante: en su papel de precursor del socialismo. Y éste desaparece casi de la obra, para dar paso a un mundano enamorado. La obra — excepto su flojo y espectacular segundo acto — se reduce a una intriga de amor. El elemento sentimental prima en ella y la convierte en otra obra más de las muchas obras sentimentales con que cuenta el teatro nacional. Defraudada así la promesa que el nombre de su protagonista implicara, *Lassalle* es un largo drama en cinco actos, obra de un intelectual cargado de pedantería libresca y que hace aparecer como tal a quien viviera sí corda y apasionada vida, jugándose en alta lucha contra los prejuicios. Para colmo, hasta defectos de técnica se podría apuntar en él.

La compañía Rivera-De Rosas, de vuelta de España, realizó una temporada en el Marconi. Dió obras de su antiguo repertorio, y estrenó *Qualicho*, de Enrique García Velloso, drama que, al igual de *Yo?* de J. Escuder, se cataloga entre las producciones que nada significan. El primero, autor de comedias-sainetes para los cómicos Parravicini y Caseaux, torna de vez en vez al teatro de sus primeros amores. Fracasa siempre en sus intentos. Demasiado tarado por el ambiente al que ha usufructuado con harta habilidad, le ocurre a él lo que a esos calaveras dados a la vida de los amores fáciles entre las cocotas. Intentan, repugnados de sí mismos, realizar un amor verdadero, y fracasan en el intento. Ya carecen de esa sinceridad y frescura de alma, es decir, de esa juventud que exigen el amor... y el arte. Obra más de tenerse en cuenta, fué *Dios*, del mismo García Velloso, Folco Testena y González Castillo. No pasa, sin embargo, de ser una producción mediocre, en la que los problemas ideológicos se encaran con cordaría y respetando las conveniencias y lo establecido a fin de atraer público con problemas ideológicos y no resolventes para no perjudicar a la boletería de la empresa. Ahora, en el Teatro Argentino, la misma compañía ha iniciado una temporada sin relieve alguno.

Estas son las compañías que se pueden tomar en cuenta; las demás hacen teatro para vivir, desfachadamente fuera del arte: Parravicini, Caseaux y las compañías de género chico pretenden que el público ría. Y lo hacen reír a cambio de los buenos pesos que le sacan. Estas compañías son las que más sabrosos balances realizan. ¿Para qué comentar su producción? Sería pecar por exceso de ingenuidad. Desvergonzadamente se exterioriza allí lo que se quiere: ganar dinero, divertir al público. Y el arte teatral

Un teatro futuro y el de ellos

Apuntes, proyectos, comentarios y etc.

se halla en los antipodos de estos innobles propósitos. (No sería innoble el propósito de divertir al prójimo si no se escudara en el nombre del arte: El circo, que para nadie es arte, no es innoble; por el contrario, llena una útil misión social).

Entre estas compañías del teatro por horas, hay una que merece párrafo aparte; se trata de la que actúa en el Teatro Nacional bajo la dirección artística (!!) de su empresario (!!) el señor Pascual Carcavallo. Aquí, junto a obras desfachadamente antiartísticas, se dan otras — ya sainetes o dramas — en las que sus autores, en complicidad con los propósitos nacionalistas de la empresa, pretenden haber realizado arte. Se trata de una engañifa, nada más. Nunca se trabaja para el arte, así en absoluto, fabricando obras para una determinada compañía y bajo la vigilancia del empresario, que así es como los autores que escriben para el Teatro Nacional, fabrican sus pretendidas obras de arte. Y no son obras de arte, pese a sus autores que, de seguro, valen más que sus propias producciones, no lo son ni *Mateo*, sainete del señor Armando Discepolo ni *La Lanza Rota*, drama gauchi-indio del señor C. Martínez Paiva. En cuanto a todo lo demás estrenado en este teatro, emporio de criollismo; ¿puede ser comentado desde un punto de vista que no sea el puramente comercial?

Y, para concluir, el año 1925, se inicia con una alarmante invasión de revistas, el género que la frivolidad y la estupidez burguesas han creado después de aburrirse con el melodrama y la pochada. ¿El remedio? Ya llegará. Está en camino la

Para propagar ideas y lanzar doctrinas morales nuevas con el fin de debelar y suplantar las caducas, no existe otra tribuna más rápida y efectiva, que el escenario teatral. En nuestros medios revolucionarios, especialmente el anárquico, nunca se hizo un uso adecuado de él. Sin embargo, la música, el teatro, la literatura y las artes plásticas y gráficas, son excelentes vehículos a fin de expandir nuestras ideas, envueltas en formas placenteras y vestidas primorosamente con las variadas emociones de la sensibilidad humana. Hasta ahora, el método empleado para difundir nuestros creos, ha sido rudimentario. No nos hemos valido de todos los recursos que nos pone en las manos el vasto repertorio de dramaturgos y escritores, que sin ser abiertamente tendenciosos, bregan para elevar nuestra especie a los planos de una vida superior. A nosotros que nos desagrada profundamente imponer nuestros postulados morales, y aborrecemos los dogmas de cualquier teoría, deberíamos apelar a todos los sentidos de simpatizantes y presuntos neofitos, a quienes quisiéramos convertir por la persuasión y el amor. Nosotros que anhelamos hacer florecer la espontaneidad de los sentimientos para

eterna primavera, ritmo de vida siempre palpitante en nuestro ideal, si ello no va en menzuga ni desdoro de quienes lo propagan?

Daremos algunos informes de las intenciones realizadas en el extranjero con la noble finalidad de regenerar al teatro, despojándolo de su odioso carácter individualista de capilla hermética, para ponerlo en contacto con el alma colectiva. Los primeros adalides del concepto de arte social, fueron Romain Rolland, Roger Marx, Saint Georges de Bouheliér y Charles Morice, Camilo de Saint Croix y algunos otros, cuyos nombres se nos escapan. La fórmula del autor de "Juan Cristóbal", consistía en esto: "No le pidáis al pueblo que admita lo que él no comprende, ni admire lo que no siente ni le conmueve". Roger Marx, a su vez recorda que el origen de todo arte correspondió a fines utilitarios. Lo que hizo decir a Tolstoy: "Estamos acostumbrados a entender por arte, solamente lo que vemos en los salones, en los museos y lo que escuchamos en los teatros y conciertos. Esta no es sino una ínfima parte de ese ar-



ola salvadora que limpiará todo; pero ella se está gestando más allá de los límites harto estrechos de la actividad teatral. Ella es la misma que hará imposibles todas las injusticias e indignidades que hoy se perpetúan diariamente en todas las actividades humanas. Hace falta tiempo, dejar que la vida trabaje, porque la vida no trabaja en vano; y realiza, minuto por minuto, la más lenta y proficua de las revoluciones, la que lo salvará todo: "la revolución en los espíritus".

Y cerramos nuestra crónica sobre el teatro nacional en su lapso de 1924 al 1.º de Mayo de 1925, presintiendo que nos hemos puesto en ridículo ante los cronistas teatrales que en la prensa burguesa, día por día, comentan dramas, comedias, revistas y sainetes, en la más abigarrada de las confusiones, y con la misma idéntica gravedad. Presentimos que se dirán estos graves cronistas:

¿Para hablar sobre teatro es preciso mentar el régimen capitalista y la revolución en los espíritus? Y sonreírán de puro desdén hacia nosotros.

INDEX
Buenos Aires, 1.º de Mayo de 1925.

que broten en una conciencia clara y luminosa que ama el bien por el bien mismo, las cuatro artes, y en particular el teatro, así como la palabra escrita y oral, son métodos eficacísimos para acrecentar el número de adherentes voluntarios.

En nuestras relaciones con la gran masa, con el núcleo mayor del pueblo, chapoteamos aún en el mocho de la rutina, sin arbitrar una novedad que atraiga la atención, sin una invención feliz y amena que al distraer, instruya, ni un rasgo que nos singularice, identificándonos con el alma colectiva y nos destaque fuertemente de las otras parvadas de propagandistas. Es cierto, nuestra sola doctrina vale inmensamente por sí, pero es necesario que llegue a todos, y sea conocida en sus mejores y más bellos aspectos. No basta decir la verdad, si en ella no se le insufla la vida mediante una voluntad amorosa. La verdad a secas, es como un árbol en invierno: deshojado y sin flores. Revestido de las galas primaverales, cumple su misión de árbol, y la cumple alegre y bellamente. ¿Por qué nuestra propaganda no había de adoptar el disfraz de la

te que sirve de lazo de unión entre los hombres. Nuestra existencia está llena de obras artísticas; desde la cuna, los juguetes cuando niños, la ornamentación de nuestros vestidos, hasta los oficios religiosos y las procesiones solemnes. Nosotros denominamos arte a una forma de actividad que traduce nuestros sentimientos que es solamente una pequeña parte de ella".

He ahí el concepto de arte colectivo que nosotros como anarquistas perseguimos. Un arte que estreche entre sus brazos florecidos, a todos los hombres por igual; no un arte que dosifica lo patético y lo emocional de sus elementos para determinados castas, dirigiéndose a un círculo reducido de catecúmenos. Concepto este que nos induce a pasar de largo ante algunas iniciativas, innegablemente hermosas, e impregnadas de un desinterés único y de una pureza artísticas en sus propósitos, digna de emulación.

Entre ellas cabe enumerar el "Teatro de Arte", el "Chauve-Souri", "El Pájaro Azul", en Rusia, y el "Petit Colombi" en Francia. En todos estos movimientos tea-

trales de renovación indiscutible, se quiso combatir la tendencia zafia y mercantilista de los espectáculos corrientes y emolentes, interpretando con criterio ennobecedor, y por supuesto antiacadémico, los autores clásicos y modernos. Una juventud, más por el espíritu que por los años, volvió a revivir en esos escenarios merced a la intensa energía sentimental y al soplo vigoroso de unos intérpretes, resueltos a crear seres orgánicos con sus dones pertinentes de la poesía, de lo trágico o lo grotesco, según el rol y la condición de cada uno.

No intentando empañar ni desmerecer la labor reprimadora de esos viejos valores artísticos, preferimos abordar tendencias que se dirigen tanto al ser más simple como al más complejo de la multitud humana. Y esta modalidad de un arte teatral completamente remozado, evocadora de los antiguos titiriteros que iban de feria en feria, la representa una compañía ambulante que con un camión maltrhecho inició en 1919 su vagabundaje por todas las aldeas de Inglaterra. Es Ms. Ana Berry quien cuenta esta valerosa hazaña. Era un puñado de jóvenes y mozas que transformaron un carricoche en un vehículo a motor; lo cargaron de todos los bártulos necesarios a la precaria escena de un teatro improvisado que se armaba y desarmaba, debutando la primera vez en Sussex, un villorrio en los alrededores de Londres. A la noche se estrenaban ante una sala casi vacía.

Lo que le hace exclamar a Ana Berry: "Habían desconfiado los habitantes de ese apacible lugar — que ni siquiera podían enorgullecerse de poseer un cine — del valor artístico de una compañía teatral, cuyo personal y mobiliario cabía en un sólo vehículo y que pedía tan sólo seis peniques por la entrada".

Pero la sorpresa fué muy grande para los que asistieron a esa peregrina función. ¡A nada se parecían de lo que esa gente humilde había visto antes. Las pocas compañías que se detuvieron en ese lugarejo eran tan diferentes! Añade la Berry:

"No representaban como los cómicos; no hablaban en voz altisonante o tremolante, ni lucían ademanos nobles, ni gestos furibundos; decían las cosas con simplicidad, en lengua que ellos entendían, y las canciones eran aquellos viejos cantares de la tierra que habían oído de los abuelos, sólo que ahora, esta gente, los acompañaba de mímica y movimientos, y vestían trajes especiales, remudándose para cada tonada".

En estas palabras se halla la esencia de la renovación de un género que deseaba llevar a todos los confines de la muchedumbre humana, la luz esclarecedora y el agua lustral de una alegría y esparcimiento desconocido para muchos corazones. En sus comienzos, esta juventud bohemia y trashumante — en la acepción espiritual del término — sufrió fracasos y reveses que hubieran sido irreparables de no mediar la ayuda oportuna de una poderosa asociación: "Arts League of Service", *Liga al servicio del Arte*, — Protectora inteligente y desinteresada de los artistas y divulgadora de las obras de los "nuevos".

Pero el triunfo consagra siempre a los que se entregan por entero y saben arder para alumbrarse el propio camino. Y esto precisamente aconteció a la compañía ambulante que, después de infinitas vicisitudes y sin fin de peripecias heroicas o jocosas, realizaba una temporada en la célebre sala de conciertos "King George's Hall" en Totenham Court Road, de Londres. La sorpresa fué tan intensa o quizás más para la audiencia londinense, que la experimentada por los sencillos habitantes del villorrio de Sussex, jalón inicial de esta campaña, esparcedora de la nueva simiente. Y era natural que sucediera así. Porque estos se hallaban en un estado de incontaminada gracia para recibir el bautismo de un arte, a la vez primitivo y moderno, que remontándose a añejas tradiciones había infiltrado la savia agrídulce de la hora actual; mientras aquellos, los londinenses, enviados por la hibridez de los géneros subalternos, ejecutados en los teatros y teatritos de la urbe, hubo de resullarle "shoking" y una verdadera y mágica revelación, cuando al descorrer ante ellos la tela, se les mostró un mundo nuevo, toda una zona desconocida, extraña y fantástica de la poesía e imaginación humana.

Este teatro de trashumante catadura que lo rodea el halo de lo romanesco por su vida errática, transplantó con toda felicidad y singular acierto el género de las variedades de los cafés-concert de antigua data. Asemajándose a la compañía rusa Duvanl-Pozoroff, es la miniatura de la variedad poseyendo una facundia y jocosidad más delicada y sana. Su repertorio compónese de piezas en un acto, danzas, cantos, fantasías, "absurdités" y niñerías. Dice Ana Berry que se logró crear un teatro británico, a la par de los autóctonos rusos y franceses, en el "que el tierno candor de Blake se infiltra en una pastoral; el humor de Punch, en una payasada absurda; la imaginación infantil del "nursery-rhyme" (cantos de cuna) se anima y vive en la escena; el cálido romanticismo celta, en una leyenda medioeval, y el folklore y el folk-song cobran vida y resurgen en sus rememoraciones de cuento antiguo y cosas de la tierra; impregnados de vida campestre, de brisa que alienta, de mar que mece y arrulla. Y el humor sin malicia, la chanza inocente, la risa festiva, la sana alegría, resaltan a cada momento haciéndonos palpar cierto matiz de espíritu de una gente que se entretiene en cosas candorosas e infantiles y cuyos genios han sabido exteriorizarlo en la leyenda, el cuento, el cantar, con el inconfundible sello de la raza. Los creadores de este teatro, remontándose al pasado, se orientan hacia el porvenir", y etc.

Citamos textualmente a fin de dar una aproximada impresión al lector sobre los propósitos logrados por un grupo humilde de artistas en pro del ennoblecimiento de un género prostituido de manera que la redención parecería absurda e imposible. También elegimos este ejemplo, no porque creamos pueda adaptarse a las condiciones nuestras y pueda arraigar en nuestro ambiente, sino para despertar la curiosidad de los camaradas que se dedican o quisieran dedicarse a este género de actividades, incitándolos al estudio y a la búsqueda de nuevos métodos para la fácil propagación de nuestras ideas. Pero otros medios hay menos difíciles de realizarse. Uno de ellos es el guiñol con personajes, actores y actrices de palo, cartón o recortados en zinc. Esto, por lo hacadero y más factible, nos hará abundar en detalles.

II

En Italia, de niño, nuestro regocijo y nuestra adoración la provocaba un personaje estrafalario, astroso, que recorría las aldeas con un órgano de berbería y un cartel pintado por ambas caras, donde, mediante viñetas historiadase crímenes legendarios, amores desventurados y las hazañas y fechorías de bandidos feroces. Era el *cantastoria*, figura pintoresca y simpática, que desarrollando las otras telas suplementarias, llevadas bajo el brazo, las extendía en el suelo. Representaban ellas un mosaico curioso y pintarrajeado por absurdos colorines agrios y chillones, poblado por héroes y heroínas estrambóticas. Luego iniciaba el relato con ademanes aparatosos, y la palabra modulada en tono solemne, altisonante o tremebundo, según los pasajes de las historietas lo requieran para su mayor ilustración. Algunos instantes después las mujeres gimoteaban y estremecíanse los toscos y rudos varones, inmovilizados en semicírculo alrededor del mágico charlatán. ¡Poder de la ilusión de los corazones cándidos, reviviendo pasiones desgraciadas, dolores desgarrantes y aventuras milmanochescas que nunca habían existido! Este espectáculo, feérico para nosotros entonces, nos fué inolvidable. Y ahora mismo desfila la escena vi vida en nuestra mente. Ya en edad avanzada, rumiamos mucho y en diferentes circunstancias acerca de este método primitivo y sumario de conmover a los hombres. Era un vehículo un poco desventajado para acarrear emociones, es cierto. Pero cambiando las historietas y su moral; ejerciendo ágil y hábilmente la sátira, empleando formas parabólicas, ¿acaso no sería tan eficiente o más que otros medios de difusión como el libro o el folleto? Entre la letra pasiva e inánime del impreso y la palabra viva y la mímica, su superioridad y excelencia es indiscutible. ¿Llevarlo a la práctica en los modernos tiempos? — se nos preguntará. Prevemos las objeciones que se nos opondrán. En aquella remota época se explicaba la necesidad del *cantastoria*; hoy en cambio, con el cine y las compañías de toda suerte y condición que deambulaban por el "bosque", a quien se atreviese

a tomar tal iniciativa, no sólo nadie le escucharía, sino que se le correría a pedradas y tal vez a escopetazos. Todo es posible. Ya no abundan los corazones candorosos. Sin embargo, la novedad, la extrañeza que suscitara la aparición de este personaje, tal vez le fuese favorable. Por lo demás no queremos insistir sobre el particular. También es otra sugestión que hacemos, sin mayores alcances, y sin mayores probabilidades de ser realizada. Es un dato ilustrativo más, que lanzamos al vacío...

Lo más practicable será entonces el teatro de sombras y el guiñol. Las marionetas tuvieron su difusión en todos los tiempos, con auge mayor o menor en cada época. El teatro Gemier, el *Chat Noir* de Henry Rivière, en París; "Los cuatro gatos" en Barcelona, con Rusiñol, Utrillo, Casas y Pompeyo Gener dan fe de ello y nos demuestran que relativamente muy cerca de nuestros días el teatro de títeres tuvo ilustres cultores, que no desdeñaron este género infantil y grotesco. En Londres, en uno de sus teatros de más campanuda tradición, los muñecos de la antigua farsa italiana tuvieron un éxito enorme entre los niños y también entre los adultos.

Un teatro destinado a este objeto es fácil de fabricar. Basta que a un cuadrilátero se le saque una tabla para colocar el telón de boca, decorado según las capacidades de cada uno, para tener listo el escenario. El telón que sirva de fondo a la escena podrá pintarse sobre la misma madera, o si se desea poseer varios se recortarán pedazos de cartón de la misma medida del ancho del escenario para cambiarlos según lo que se va a representar, aunque un fondo inamovible es más cómodo. Queriendo extremar los efectos, para fondo también podría usarse una tela, en la que se pintará el interior de un aposento, el paisaje,

la calle, y luego se le colocará atrás una fuerte lámpara a fin de que cobren vida los colores. Las candelillas alrededor del borde del escenario contribuirán a darle realce a los muñecos. Ahora nos quedan éstos para confeccionar. Para ello se empleará cartón o tablas delgadas, si se quiere hacerlos resistentes a un cierto número de representaciones. Los célebres títeres de Henry Rivière del "Chat-Noire" estaban pintados y recortados de una chapa de zinc, lo que otorga vistosiad y nitidez a la silueta. Atrás de la entrada del escenario, de los dos lados, se escalonan rán los bastidores para que los personajes no se confundan y tengan por donde salir y entrar. Tratándose ya del teatro de sombras, los juegos de luz son los más importantes, que agrandando y empuqueñeciendo sucesivamente las figuras, resultan grotescas a los ojos del espectador. Algunos de estos personajes podrán ser articulados a fin de aumentar el efecto cómico y dramático. Lo primordial es que éstos no sean muy numerosos y además sean síntesis y compendio caricatural de una determinada clase y de cierta fauna social. V. g.: el casero, amarillo, colorado, apoplético, reventando de cólera contra los inquilinos morosos; el gomoso, el petimetre, con el cabello engominado, con ojeretas de mercenaria, con el cuerpo lleno de protuberancias; la niña tilinga y gótica, larguirucha o retacuna, con la melena a la garçonne, caricatura de todas las modas, que todo lo encarga a París, hasta los novios; el burgués, lorlón como un cocodrilo y obeso como un hipopótamo, con el brillante químico del tamaño de una avellana; el cura, el milico provinciano que, armado de machete y colt, ya se cree presidente de la república y etcétera. En fin, esto se halla al arbitrio de cada uno y librado a las luces de cada cual. La parte más árdua de estas caricaturas modernas es crear caracteres, símbolos como lo son todavía

Pantalón, Arlequín, Pierrot, Colombina, Sganarella.

Con la colaboración de algunos compañeros dados al ejercicio de las letras conseguiríase franquear este obstáculo. Los accesorios, como casas, árboles, grupos de personas son los pormenores que no cuentan, porque se fabrican a medida que surja la necesidad. Una persona podría desempeñar dos o tres roles, cambiando la voz, aunque sería preferible que cada camarada haga hablar un solo personaje. Esto le daría una variedad al espectáculo que acrecentaría el interés del auditorio. Las piezas escritas para un escenario de esta especie, permitirían a sus autores todas las fantasías, las sátiras más acerbadas y la enunciación de verdades acres y corrosivas, aptas a quemar las caras, dejando rastros duraderos que por ir envueltas en la risa y el cascabeleo del humorismo, todos se las beberían sin darse por aludidos y cada uno le achacaría defectos y vicios al vecino que ellos mismos poseen en grado superlativo. Es la añeja divisa latina que hiciese suya todos los humoristas del orbe, desde los latinos hasta los modernos: *Castigat ridendo mores...* En buen romance: enmendar malas costumbres y pésimas mañas riéndose y sonriéndose.

Considérese ahora todo lo escrito hasta aquí sólo como un embrión de proyecto, la larva de una idea y el esqueleto que hay que vestir de músculos, ponerle un corazón y un cerebro para que viva y ande...

III

Sin ánimo de censura para nadie ni de la crítica más leve, declaramos que los espectáculos organizados por los distintos grupos anarquistas no fueron nunca "satisfactorios", contemplados desde el punto de vista artístico, cultural y reivulsivamente ético. A nadie culpamos. Leal-mente afirmaremos, además, que a nadie hacemos responsable de este hecho porque verdaderamente no lo son. Harto sabemos que todos ponen su mejor voluntad y si no hacen más es que sus limitadas fuerzas se lo vedan.

Sin embargo, el nivel cultural y la excelencia artística de esos espectáculos, con poco esfuerzo que se hiciera, podría elevarse. Existe un vasto tesoro teatral inexplorado. Florencio Sánchez, Otto Miguel Cione, Guimerá y otros que las farándulas de aficionados interpretan para beneficio de las masas ácratas, son muy respetables y merecedores de las más candente admiración; pero por lo conocidos debería otorgárseles un pequeño reposo. No es irrevocable por parte nuestra. Es hacer notar que hasta el perfume de la rosa cansa. También es afán de renovación en consonancia armoniosa con nuestro ideal de inquietud eterna.

Pongamos por caso que se elija a "Crainqueville" el cuento satírico de Anatole France y se lo adapte a la escena; o dirijámonos a Mirbeau, dejando de lado "Los Malos Pastores", para elegir "Los negocios son los negocios"; o "El poder de las Tinieblas" de Tolstoy o "Los Tejedores" de Gerard Lantman; o de Ibsen "El enemigo del pueblo"; uno de los dramas sociales más densos de enseñanzas. Y tantos otros que sería largo enumerar. En nuestra misma producción literaria existe un drama que estudia con sagacidad y fineza psicológica el ambiente anárquico. Nos referimos a "Meteoro Rosse" de Inkyo, que creemos se halla en venta y al alcance de todos los bolsillos. A un sainete de Pacheco debe preferirse piezas de puros kilates espirituales, en las que, mezcladas a las grandes pasiones de los hombres se debaten problemas morales de trascendencia multiforme para la vida social del pueblo. Hay que refugiarse en los genios para encontrar, a la par del candor del niño, la potencia del creador, quien esclarea lo más abscondido y abstruso de los enigmas de la vida y de la naturaleza, reasumiéndolos en síntesis poderosas, que serán las verdades asimiladas por la masa anónima, que hará de ellas proverbios, adagios, refranes, luego, perpetuándose de boca en boca...

Ya adivinamos la nueva objeción que se nos hará. Que no existen actores ni compañías, con suficiente idoneidad en su oficio de cómicos, capacidad comprensiva e inteligencia para interpretar pasablemente esas obras geniales. Es cierto. No negamos la evidencia de esta falla fundamental. Aunque hemos de confesar, magister los sólidos argumentos expuestos, que nos avendríamos a soportar una obra de Ibsen pésimamente desempeña-

da y no una pieza de Velloso o de Vacarezza jugada brillantemente. Con la teratología criolla nos armaríamos anestesiados de oír y ver tantas ineptias, estupideces y porquerías; y con el dramaturgo escandinavo, ateniéndonos al texto y con un poco de imaginación, saldríamos excelentemente refocilados en el espíritu y en el intelecto.

Es una verdad incierta y mendaz la que pretende difundir la malhadada especie presentando a los genios como seres atrabiliarios, incomprensibles y abstrusos, extendiendo esas miserandas taras a sus mismas producciones. Es así como se le infunde al pueblo la creencia que esos genios se hallan fuera de sus alcances, gigantando en la convicción de que jamás los comprenderá.

Es necesario e imperioso que nuestros camaradas que asisten a las raras funciones teatrales efectuadas bajo la égida de diversos grupos, no sigan ignorando aquellos que, por ser artistas, pensadores precarios y hombres de teatro geniales, no se despojaron de su hombría y máscula rebeldía, proclamando su ardiente desconfianza con este mundo para fustigar los que han manchado las fuentes de la vida con su bajo egoísmo, sus apetitos de lobos y con su exclusiva y vesánica pasión por el oro, amasado por la sangre y las lágrimas de millones de seres. La frecuentación de esas obras diáfanas de forma y de hondos conceptos fecundaría muchas conciencias. En los principios, como el morfomano que repentinamente le quitaran el tóxico, se hallarían incómodos por la rarefacción de la atmósfera en esas altitudes; luego, al familiarizarse con ellas, desintoxicándose del cardumen de imbecilidades doradas y servidas como manjares deliciosos, se encontrarían como aquel que resucita a una nueva vida. ¿Para quiénes se han escrito "El Cristo Negro" de Saint Georges de Bouhelier y su "Carnaval de los Niños", sino únicamente para el pueblo? Y casi así, afirmaríamos que para los anarquistas...

Si, es necesario, lo repetimos, que estas obras se representen y sean conocidas por los que aún sueñan y anhelan una futura y posible depuración social. Hasta propondríamos que, de no haber actores y actrices, ni compañías capaces de interpretarlas, se improvisara un grupo de voluntariosos aficionados para recitarlas. En obras como "Crainqueville", "El Jugar de la Virgen" de France, servirían mejor los muñecos que los actores malos. ¿Por qué no? Son sátiras, fantasías, piezas irreales. ¿Por qué, entonces no emplear también personajes irreales, fuera de las humanas convenciones? Todo es preferible a ahogarse en este marasmo, chapoteando en el fango y abrevándonos, para aplacar nuestra sed de belleza, en la charca sucia de la teratología criolla. Y lo dicho no atañe solamente al reducido ambiente anarquista, sino que se dirige a los que, asqueados por el batacanismo y por la pornografía soez, desean con ardiente iracundia el incendio de esta red viva Gomorra para sobre sus cenizas humeantes construir un teatro y crear un



arte teatral limpio, recio y puro, que tienda a unir los hombres y no a separarlos; a no envilecerlos, sino a purificarlos por el fuego de las pasiones nobles.

Los que se sientan con ánimo a derribar para una futura construcción, mano a la piqueta y a la pluma.

At.

UN APOSTOL DE LA REVOLUCION EN BULGARIA

La fuerza creadora revolucionaria en Bulgaria antes de la emancipación del yugo político de la dominación turca y la entrada de lleno en el régimen capitalista, se revela principalmente en dos movimientos libertarios de mucho valor: el movimiento "bogomil" en la edad media y la lucha épica de los "jaiduti", que incluye en la segunda mitad del siglo pasado la obra revolucionaria del poeta-mártir Cristo Botef.

"Bogomil" se han llamado los adeptos de un movimiento poderoso con cierta tendencia religiosa, los cuales querían libertar al pueblo de toda opresión. Negaban todo servicio religioso oficial, la propiedad privada, el poder existente, y practicaban el amor libre. La influencia de los "bogomil" se sintió en Europa central y Francia. Es un movimiento raro, poco estudiado y comprendido, eminentemente revolucionario para la época. Mientras en Europa Occidental germiaban dentro del régimen feudal las nuevas clases sociales que luchaban por sus derechos, en Bulgaria se fortalecía el feudalismo. El pueblo se moría de hambre y estaba sumido en miseria completa. Entonces entre la masa esclavizada brotaban rebeldes, que, arma en mano, luchaban contra los opresores, defendiendo los intereses del pueblo, sus intereses, tomando represalias contra cualquier abuso de los poderes existentes. Estos hombres, llamados "jaiduti", se agrupaban alrededor de un anhelo común: la liberación de Bulgaria de la opresión otomana. Más tarde, por razón de sus programas futuros, se definieron tres tendencias. Unos — cuyo intérprete era Luben Karaveloff — proyectaban una república, teniendo por modelo Francia, Suiza y Estados Unidos. Los segundos fantaseaban una república democrática, con más libertad y poder para el pueblo; tenían ideas no definidas del socialismo; entre ellos sobresale como atrevido organizador de revueltas populares y héroe revolucionario, Vasil Levsky, que fué traicionado por un "pope" búlgaro y ahorcado por los turcos. Los terceros eran comunistas y anarquistas definidos, cuyos ideales de libertad integral expresó magistralmente Botef.

La creación del alfabeto eslavo por dos hermanos macedonianos Cirilo y Metodio no es ninguna obra revolucionaria. Los que no son chauvinistas tienen que negar el valor positivo de esta invención que perjudicó a los pueblos eslavos en particular y a toda Europa en general. El alfabeto eslavo, en su forma primitiva, ha sido difícil, complicado y poco práctico. Con mayor provecho y facilidad los eslavos hubieran podido adoptar con pequeñas modificaciones el alfabeto latino u otro existente, en vez de inventar uno nuevo sin ventaja posible para la civilización y el perfeccionamiento. Pero el tema que intentaremos desarrollar no será explicar el movimiento "bogomil" ni el origen y los inconvenientes del alfabeto eslavo, sino dar una ligera descripción sobre la vida y la obra del poeta y revolucionario Cristo Botef.

Nació el año 1847 en el pueblo Kalofer, situado en la célebre "Rosova dolina" (Valle de las rosas), en Bulgaria. Actualmente este es el lugar estratégico preferido por las camaradas que desarrollan una acción tenaz y de mucha eficacia en la lucha ilegal contra los militares que asumieron el poder en este país y los que por sus violencias y brutalidades exceden a todas las reacciones existentes. Bajo el yugo turco, igualmente como hoy, el pueblo de esta región, relativamente inteligente y despierto, fué ferrozmente masacrado. Buena parte de los miles de camaradas que perecieron en la revolución de septiembre de 1923 eran habitantes de los pintorescos pueblitos escondidos en los valles del Balcan. La población se compone de tipos altos, fuertes, de tez oscura, buenos y hospitalarios. Son pequeños propietarios agricultores, que se ocupan casi exclusivamente en la plantación de rosas muy aromáticas, de cuyos pétalos destilan la conocida esencia de rosa. Es una región muy hermosa, situa-

da entre dos montañas de cumbres altas, cubiertas de un manto verde de bosquecillos, praderas verdes y abundantes arroyos cristalinos. Ha dado al país muchos apóstoles libertarios: Levsky, Rucovsky, Beucovsky, etc.

El padre de Botef fué maestro y tuvo cierta influencia sobre la formación del carácter de su hijo. Este desde niño fué muy ingenioso, inquisitivo; prodigio de vida, inteligencia y fantasía. Como alumno en la escuela elemental calificó a los maestros pedantes de reaccionarios y ex-



Christe Botef

cita a sus condiscípulos para la huelga. El pequeño pueblo, entusiasmado, deja los campos. Los maestros alarmados encuentran en el patio de la escuela, un auditorio extasiado por los cuentos y fantasías del futuro poeta. Más tarde toma parte en comités revolucionarios clandestinos. A los 14 años habla ya en reuniones públicas y sus discursos muestran ya un espíritu adverso no solamente a los tiranos turcos, sino también a los burgueses búlgaros que tenían en su haber solamente una máscara revolucionaria. Botef crece y forma su inteligencia en un ambiente turbio por la agitación libertaria, germinando espontáneamente en el país bajo el signo de la lucha sin cuartel, legal e ilegal, contra los turcos, para la obtención de su independencia política y religiosa. El pueblo búlgaro, como los pueblos balcánicos en aquella época, estaba sumido en la más completa ignorancia. Pero tanto ya de los abusos y las persecuciones, parecía un gigante que se despertaba después de 500 años de esclavitud; palpaba. Agitadores voluntarios y desconocidos recorrian los pueblos, levantaban los ánimos, organizaban revueltas. Pero en general las ideas fueron de escasa comprensión verdaderamente revolucionaria, porque no ostentaban ideales más altos que las ficticias independencias política y religiosa en el régimen burgués. Por eso el espíritu eminentemente revolucionario de Botef fué adquiriendo forma completa, en su vida de emigrante.

El padre, temeroso por las consecuencias que la conducta de su hijo podría traerle, lo envía a Rusia, donde ingresa en el colegio nacional de Odessa. Botef, que tenía hasta aquel entonces ideas erróneas con respecto a la vida de la plebe

en los demás países, encuentra la oportunidad de constatar que el puño opresor descarga sobre el pueblo no solamente en Bulgaria esclava, sino también en la "libre" Rusia. Entonces su indignado espíritu idealista y rebelde lo adhiere a la acción de los círculos revolucionarios clandestinos rusos. A la edad de 17 años ya es un revolucionario hecho. En el mismo colegio muestra claramente sus convicciones, replicando a un profesor que sostenía la tesis de que las revoluciones siempre traen la tiranía y son la negación de las leyes divinas y de la armonía del mundo, con las siguientes palabras significativas: "¡Es mentira! Las revoluciones guían hacia la igualdad perfecta y cuando están hechas por pueblos enteros traerán el bienestar completo; temprano o tarde, los tiranos caerán." Y a otro "pope", que sostenía delante de los alum-

nos, de que Dios es grande y el ateaista es anticristiano, puercos sucios y repugnante, dijo: "¡Infame! Dios es nada; el hombre es Dios. Nosotros y nuestras acciones estamos sometidos a las leyes de la naturaleza. La ciencia es todo y nuestro Dios — precisamente es el puercos." Al año siguiente le echan del gimnasio por mala conducta. Tiene 18 años pero es la cabeza y el corazón de los "kruloks" revolucionarios. Conoce los calabozos y pelea con la policía. Dos veces se escapa de las manos de los gendarmes. Huyendo de la policía de Odessa, siembra plaza de maestro en un pueblecito ruso. No pierde ninguna ocasión de inculcar sus ideas entre los campesinos y los alumnos. Atrevido hasta hacer propaganda entre un regimiento de cosacos — los soldados más fieles del zar — tiene que escapar apresuradamente de Rusia, en dirección a Bulgaria, donde permanece poco tiempo. Se emplea de maestro en la escuela donde pasó su infancia y cuyo director es su padre. Aquí introduce los sistemas más modernos de enseñanza. En sus alumnos y en la juventud en común ve los futuros libertadores del pueblo. Bajo la forma de excursiones infantiles ejercita a sus pequeños camaradas en el tiro, ataques y defensas, inculcándoles el espíritu de rebeldía. Pero siendo traicionado por los mismos "chorbadli" (burgueses) búlgaros, detestados y perseguidos incesantemente por él, tiene que huir otra vez al extranjero. Ingresa en la Facultad de Medicina de Bucarest (Rumania), pero pronto debe dejar sus estudios porque los trabajos de los comités y la redacción de la prensa revolucionaria reclaman todas sus energías. Recorre las ciudades rumanas principalmente los puertos del Danubio donde los "jaiduti" establecían sus vivas que temporales cuarcó el crudo invierno

no de Bulgaria impedía la vida en las montañas. Sumidos en miseria cabal, esperaban impacientes la primavera, para pasar otra vez el Danubio y sacrificarse por sus ideales. Aquí permaneció Boteff sus últimos años hasta el momento supremo de afirmar sus convicciones con el precio de su vida. Aquí prosiguió su obra de propaganda y escribió sus obras literarias, empujadas en la escuela secundaria de Odesa.

Describiremos con pocas palabras la magnitud de Boteff como poeta.

Es el mejor poeta del país. Su nombre es casi completamente desconocido para los extranjeros. Creado en el ambiente específico de la época, bajo el yugo turco y los círculos de la emigración búlgara en Rumania y Rusia, debía ser difícilmente comprendido en otro país, en cuanto a sus formas.

Boteff no es un poeta "decadente" de "el arte por el arte", sino que su espíritu coincide con el de Bielinsky, Dobroliuhoff y Chernichevsky, que se resume a lo siguiente: el arte está estrechamente ligado con la vida y la ciencia. No es el suyo un arte artificial, como lo titulaba nuestro camarada Kropotkin, sino el arte al servicio de sus ideas revolucionarias, basado sobre el principio expuesto más tarde por Tolstoy: el valor de una obra depende de la comprensibilidad para la gran masa. Boteff, como todos los espíritus elevados, detestaba la "élite" intelectual revolucionaria o literaria. Dirigiéndose al pueblo no usaba la forma embarazosa de exponer pequeños pensamientos; explicaba al pueblo grandes verdades con palabras simples, sencillas, puebleras, que pierden parte de su fuerza en la traducción. Es como verter *Martin Fierro* a otro idioma. Los nombres fascinan, alucinan. Freud podría explicar este fenómeno. El pensamiento argentino por ejemplo, está acaparado por Francia y España. Víctor Hugo y Anatole France son más leídos que Dostoyevsky o Tolstoy.

Boteff es un escritor por excelencia: maestro del verbo, diestro, y atrevido pensador. No escribió obras voluminosas (la muerte prematura aniquiló sus proyectos) pero sí lo suficiente como para escalar el pedestal máximo de la poesía búlgara. Son notables sus poemas "Elegía", "Jaiduti", "Borba", "Liliv e toy", etc. Este último es considerado unánimemente como el obra maestra, el mejor trozo de poesía del país, por su forma y por su idea. Expone magistralmente los pensamientos de un héroe mortalmente herido en la lucha por la libertad. La relación entre la naturaleza y el mártir. El cielo y la tierra, las fieras y los poetas glorificarán su nombre. Las águilas hermanas le hacen sombra y lo refrescan; los lobos lamen compasivamente sus heridas, el sol está triste. A lo lejos se siente el canto de las esclavas que, hoz en mano, cosechan espigas de oro. El héroe se muere, pero los mismos bosques y el viento entonan cantos rebeldes.

En sus obras es como en su vida. Contra todos los prejuicios no contras patrimonio oficial, ama a su compañera, ella le adora. Es enemigo declarado del clero y de la religión. En su "Molitra" expone sus ideas de esta índole. No cree en un Dios que está en el cielo, sino en un Dios de la tierra, no el Dios adorado por los curas, sino el que está en su corazón y en su alma.

Todas sus obras gozan de gran popularidad en Bulgaria. Todos los críticos burgueses que han intentado encontrar defectos en sus escritos, han sido objeto de risas irónicas y se han ahogado sin dejar rastro en la admiración de todo un pueblo. La burguesía, sin fuerzas para oponerse a esta popularidad espontánea, se interesó en la memoria del poeta, al igual que el parlamento mejicano con nuestro camarada Ricardo Flores Magón. El Vaticano, impotente contra Anatole France, mandó incluir sus obras en el "Index". La burguesía búlgara no se contentó con esto solamente, sino que quiso tomar la fortaleza desde adentro: críticos parados se empeñaron en encontrar en sus obras contenido y frases patrióticas... Los que conocen la vida y las obras de Boteff se ríen de tales proposiciones.

Sus escritos publicados en los diarios de la época subrayan principios subyugantes de estructura revolucionaria. No son los pasos vacilantes o determinaciones inseguras de un principiante. Traza con palabras firmes, pensamientos concentrados, máximas altamente apreciables. Cuando periodistas pagados y sin escrúpulos, tiraban lodo y echaban peste contra la Comuna de París, que Bakunin de-

fendía en sus discursos, surge de la pluma de Boteff una defensa cálida, poco conocida en la historia del movimiento anarquista, una página digna de Rafael Barrett.

"Lloran por París: capital de la corrupción, la civilización, la escuela del espionaje y la esclavitud. Lloran filántropos por los palacios de los vampiros terribles, los grandes tiranos—por los monumentos de estupidez y barbarie, contruidos con las cabezas cortadas de tantos precursores, tantos grandes pensadores y poetas, con los huesos roídos de tantos mártires del pan cotidiano. — ¡Lloran! ¡A los locos nadie puede consolar, a los rabiosos nadie puede amansar! — ¡Anatematizan a los comunistas porque arruinaron la metrópoli y murieron con las palabras criminales: libertad o muerte; pan o plomo! — ¡Escupen sus cadáveres y los cadáveres de aquellas víctimas de la civilización que han abrasado y abrasan: lo mismo que a sus mujeres, hermanas, madres, que hoy titulan prostitutas rabiosas, porque tenían la fuerza de tomar el arma para salvarse del abismo de la corrupción! Tiran lodo y piedra sobre la tumba de Dombrowsky, porque no se hizo lacayo de ninguna cabeza coronada y fue luchador de una idea grande, un fin elevado y puso su pecho contra los traidores de Francia y los culpables de tantas desgracias humanas. Todo el mundo llora a París, todo el mundo maldijo la Comuna y nuestra pobre prensa no quedó en esto atrás. ¡Y ella llora lo que no tiene alma, maldiciendo lo razonable! ¡Risa ridícula! Como si desde Nimrodo hasta Napoleón, desde Cambises hasta Guillermo, la guerra no representara un mismo fin con unos mismos medios. Como si Napoleón en el nombre de civilización y Guillermo en el nombre de la voluntad divina no hicieran mayor mal que Alejandro de Macedonia con sus expediciones tantos años antes. Pero en esto consiste la barbaridad, por esto es culpable y anatematizado el esclavo, el hombre, porque no atendiendo nadie a sus palabras y su razón, recurre a los extremos y lucha por la vida o la muerte según sus medios que son bajos porque son pequeños y son pequeños porque se los han quitado los potentados. Entonces le titulan hombre criminal, libertino, bajo y bárbaro. Tales eran y son los comunistas. — El cristianismo tuvo sus mártires hasta el momento que llamara al esclavo, "hijo divino es hijo humano", los tuvo la revolución para "hacer ciudadano al vagabundo", los tiene y los tendrá el socialismo que quiere hacer al hombre más hijo divino y ciudadano — no ideal, sino hombre verdadero de quien depende la ciudad y no él de la ciudad." El cristianismo, la revolución y el socialismo — la monarquía, la constitución y la república, son hechos y épocas históricas, que negaría solamente el que no reconoce el progreso de la humanidad. La escuela y solamente la escuela dicen los viejos, salvará a Europa del cambio social. — La escuela y solamente la escuela, repetimos nosotros, la preparará para este cambio; pero no la escuela de Zlatoust y Loyola, Guillermo y Napoleón, sino esta de Furiar y Proudhon, Cuvier y Newton — la escuela de la vida. Los comunistas son mártires, porque no importan los medios de la lucha por la libertad, sino la idea de esta lucha. "La libertad tendrá sus jesuitas", dice Heine. Nuestra prensa, como la europea, tiene que conservar sus lágrimas para llorar otras metrópolis, otras barbaridades y sufrimientos, cuando el esclavo grite al patrón: "¿Quién eres tú que lloras? ¿Hombre, mujer o hermafrodita — fiera o pez?" Y será un día — el día primero...

En el movimiento por la libertad política de Bulgaria ha sido fuerte la influencia de los pequeños burgueses que desconfían y temían las fuerzas propias del pueblo y confiaban su suerte en el zar ruso como un Dios todopoderoso. Boteff luchó encarnizadamente con ellos y sus escritos — determinan claramente una idea fundamental: el emperador ruso y su camarilla son ultra reaccionarios y de ellos no se puede esperar nada bueno en favor del pueblo. Y si este pueblo reclama solamente mandatos propios, no tiene por qué luchar; porque como tales todos son iguales, tanto los turcos como los demás. Dice, junto con Proudhon, que "todo gobierno es complot, conspiración contra la libertad de la humanidad". Aconseja al pueblo apoyarse ante todo en sus propias fuerzas; ayuda podría darle, no el zar ruso, sino hombres como Baku-



nin, el pueblo ruso o la futura Rusia libre.

A sus camaradas mayormente poco instruidos explica con metáforas pintorescas la situación de la política europea: Bismarck, montado sobre la esfera terrestre, chupa de ella vino amargo por la salud de Alemania; el abuelo Gorchacoff distribuye galletitas para la salvación de las almas; de los esclavos; el maestro Abdrachy toca chardach y convida a los hambrientos tchecos, serbios y croatas a cantar y bailar... Lord Derby afila su navaja sebastopoliana para cortar queso traveso del comercio europeo, o de los mofos de alguna africana o asiática, "bifteks" para la filantropía inglesa. Los "primos" españoles pisan el cuerpo de su madre, maman sangre de sus pechos y escúmpense uno a otro a los ojos... No tiemblen señores, yo sueño. En todas partes de la telaraña hay silencio y quietud, todos son dichosos bajo la sombra espesa de la araña. Solamente hallan a una mosca y le chupan la sangre; aquí, a otro... más allá han colgado una tercera para que se seque un poco..."

Todos sus escritos se caracterizan por su estilo realístico, impresionante, violento.

Boteff combina la teoría con el hecho. Acciona, organiza, agita. Con sus camaradas comparte sufrimientos, persecuciones, hambre y miseria. Pocos como él, tan resueltos a sacrificarse por sus ideas de felicidad común. Trabaja y vive siempre con los obreros, detestando y persiguiendo a los poderosos, que veían en él una fuerza formidable y deseaban atraerlo a su lado.

Tiene el carácter y la capacidad de Bakunin y el alma sensible de Máximo Gorky. Orador y cantor, actor aficionado y poeta inspirado, atrevido hasta al temeridad, viril, con cuerpo de atleta griego, perfecto tirador y ginete terrible en la lucha legal, es el ideal de la juventud idealista y rebelde en Bulgaria.

Viene el memorable año 1876. Los emigrantes búlgaros en Rumania están en continuo movimiento. Proyectan una incursión a Bulgaria, la que combinada con un levantamiento popular interior traerá la deseada libertad. Preparan armas, municiones, vestidos, inscriben voluntarios. Todo está listo. Boteff con 200 adeptos tiene que cruzar el Danubio y batir el imperio otomano. Son pocos; su divisa es "libertad o muerte". Vienen mucho. Un día varios obreros quinteros se embarcan de diferentes puertos rumanos en el vapor austriaco "Radezky". Campan herramientas en pesados cajones... En medio del río rompen los cajones, que es-

taban llenos de armas, y se posesionan del barco imponiéndole al capitán atracar en la orilla de Turquia, hoy Bulgaria. Desembarcan y tocan la tierra donde tienen que morir heroicamente. Casi todos perecen en los combates con las fuerzas regulares y las milicias turcas. La lucha ha sido espantosa, una contra diez, contra cien. Pero luchaban por algo más que la vida — la libertad. Cerca de la montaña que pasa por el centro de Bulgaria en mayo de 1876, (el año mismo de la muerte de Bakunin) una baía que a través la frente que alentaba tan altos ideales libertarios, puso fin a la vida del precursor del anarquismo en Bulgaria.

En los alrededores del lugar donde mataron a Boteff, los contra-revolucionarios hicieron masacres espantosas en la revolución de 1923. Masacres como las que hizo Thiers con el proletariado parisiense, comparadas con las cuales, palidecen las infames matanzas de Santa Cruz. La indignación del pueblo fue borrada con hierro y fuego. Vencieron, piensan ellos. Mas el proletariado búlgaro trabaja para convertir el histórico lugar en tumba de los vencedores.

S. D. STRESOR

LIBROS PUBLICADOS POR LA EDITORIAL LA PROTESTA

La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin—Un tomo de 336 págs. En rústica, \$ 1.50, en tela \$ 3.50.—

Temas Subversivos, por Sebastián Faure—Un tomo de 310 págs. Próximamente segunda edición

Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., \$ 1.00

Mi Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2.00 — Encuadernado en tela, \$ 3.50.—

Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kropotkin. Un tomo de 150 págs. Rústica, \$ 0.50. Encuadernación tela, \$ 1.50.—

Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabbri. En rústica, \$ 0.50— en tela \$ 1.50.—

La Ucrania revolucionaria, por A. Souchy — \$ 0.30

Panorama Plástico

„Durante el año fenecido y el que comenzó, hubo para las artes plásticas argentinas un ascenso o descenso, en el nivel de sus diversas manifestaciones, exhibidas en certámenes, en exposiciones y muestras personales?

Al responder a esta decisiva e inquietante pregunta, a fuer de sinceros, contestaremos que nos hallamos, por lo milagroso de este fenómeno antinatural — en otras partes, menos aquí, — en un perfecto y absoluto estancamiento. Se vive, se respira, se manuea y se labora — mentalmente muy poco — en una atmósfera de limbo, mediocre, pacato, inócuo y con el simple propósito de medrar, rampando, aún sea con la lentitud de la tortuga, por el palo enjabonado de la adulación artística, del cual penden las recompensas oficiales... Conseguidas estas, los agraciados se deslizan, se resbalan y llegan al "terre a terre" para seguir produciendo con la tranquilidad del caracol, encerrados en sus respectivos cascarones. Nunca un grito destemplado, un gesto generoso, una actitud que descubra el hombre con sus pasiones, sus desequilibrios, defectos y cualidades másculas, propias de una inmensidad, de criaturas que no se gastan en achaques artísticos y simulacros estéticos... Si el muestrario y el plantel artístico de este país carece de relieve, vuelo lírico y de esa pizca de locura que le diferencia del espeso flliteo y que es la divina sal para sazonar la prosa cotidiana y vulgar... Parecen más bien burócratas conchabados por el Estado y que concurren al estudio, como a una oficina, desganados, bostezando, hurgándose en su magín, qué tema elegir para el próximo salón, y con cuál figurín vestirlo o pintarlo.

Contemplando con cierta perspectiva el panorama que nos ofrecen los esfuerzos y las actividades desplegadas en las muestras colectivas y personales, constataremos que todo está como estaba antes. Es decir, desde aquí a unos seis años. No se progresó un ápice, y sí hubo de retrocederse más que adelante. A los viejos maestros achacosos y tartamudos los sustitúan otros jóvenes maestros que después de un retójar de juventud con un par de obras, se hallan en la pendiente de ser tan achacosos, tartamudos y brutos como sus desaprensivos antecesores. Es la simbólica antorcha de la obra de Croissset; pero apagada y humeante, que se la transmiten de maestro a discípulo, de padre a hijo, como herencia sagrada de recetas y malas mañas. Y nos parecen más perniciosos los recién llegados a la gloriola local, que los consagrados oficial y canónicamente por la imbecilidad de la crítica, por la ceguera de un público ignaro, que asiente, paga, calla en las raras veces que compra. Calla y vive a sus negocios, de tierras, de propiedades, de cueros, de verdura o a su consultorio, si es médico, para olvidarse a los dos días del cuadro o libro adquirido, que resulta así un mueble de lujo y de adorno, mera satisfacción de una vanidad de advenedizo, a quien la cultura y el dinero doró su estupidez e insensibilidad ingénita.

Ni el público, ni los artistas, ni los oficiantes en la crítica plástica se apasionan por los problemas inherentes al arte. Arden de ropa para fuera para despistar. Dan vuelta a la noria de los mismos lugares comunes, repetidos durante años, constituidos y limitados a la vaquita, al paisajito, el retratito, y a la crítica mezquina, retrechera, mechada de retencencias, cuando hay que poner en su verdadera luz un valor nuevo; siendo en cambio desafortunadamente bombástica al tratar de quien se encaramó al árbol de la caudía, entrando en el Museo por la puerta falsa del desfachato favoritismo.

No existe un solo caso en que los críticos oficializantes hayan descubierto, avinado o defendido un talento verdadero que empezaba a empinarse, asomando a la vida del arte. Hasta ahora, el genio desconocido no apareció en nuestro medio, es cierto. Pero a los escasos artistas con dotes de inteligencia y altivez no se cesó de hostigarles, con el deseo evidente de hacerlos zozobrar para que naufragaran definitivamente.

Los casos sucedidos son demasiado dolorosos para citarlos. Y esto le arrancó una exclamación epigramática y espontánea a una escritora inglesa, quien dijo que Buenos Aires era el cementerio de los mejores artistas, y el pesebre y el forraje de los peores...

Finalizaremos este introito haciendo la salvedad, que las excepciones, a las cuales se aplica este juicio general, no abundan, y, si abundan, no dan señales de su existencia en este mundillo del arte.



INGENBERTY. — "Los Mineros"

No existe un solo caso en que los críticos oficializantes hayan descubierto, avinado o defendido un talento verdadero que empezaba a empinarse, asomando a la vida del arte. Hasta ahora, el genio desconocido no apareció en nuestro medio, es cierto. Pero a los escasos artistas con dotes de inteligencia y altivez no se cesó de hostigarles, con el deseo evidente de hacerlos zozobrar para que naufragaran definitivamente.

Este año artístico que cerró su ciclo de exposiciones con el Salón Libre, iniciado por un grupo heterogéneo de pintores, no concurrido por ningún escultor, no reveló sino valores plásticos restringidos. Atendiéndolos exclusivamente a la producción nacional creemos que fué de una piedad desoladora. Escasos acontecimientos sobresalientes y pocos exponentes que exalten el comentario, lo provoquen, enciendan el elogio incontentido por la atracción incostrastable de sus méritos intrínsecos. Nadie, o casi nadie, nos ha dicho con el color, con el barro, con sus estatuas, con sus cuadros, proyectos de arquitectura, aguafuertes y dibujos algo con visos de novedad, que fuese bello en uno o varios de sus aspectos. Nadie, no, nadie tenía nada que decir. Es que raras y contados son los que poseen ese rincón inédito en sus almas, una constelación en su cielo interior, que impresionará de una luz nueva todo lo que amasan recreando lo creado. Es algo obscuro, potente y trágico, más fuerte que la vida, el amor y la muerte, que conduce y guía la existencia atormentada y tormentosa de un Cézanne, de un Van Gogh, para nombrar sólo a dos héroes de la pintura moderna. Eso oscuro y potente, ese rincón inédito, esa zona de fuego, volcán en miniatura, es lo que produce la vocación que impele a dedicar todos los instantes, las horas de una larga o corta existencia, en holocausto a esa quimera embriagadora nunca alcanzada.

¿Cuántos son los pintores, es decir artistas plásticos argentinos que obedezcan a esa fuerza imperiosa que es la absorbente, tiránica y dulce pasión por el arte? Pregunta ociosa: una infima minoría. Esto explica la cacofonía, lo exangüe, lo clorótico, la ausencia de virilidad, y un marcado androgynismo en la mayoría de las obras expuestas. En cuanto al oficio, la técnica, estamos en la edad de piedra del más difuso, vago empirismo, sazona-

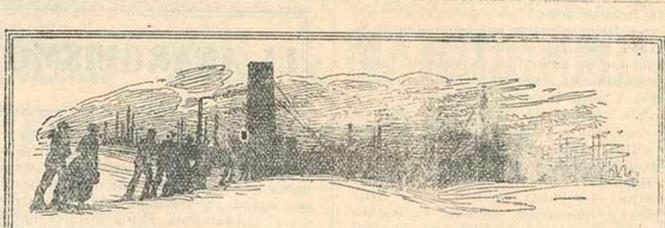
do a veces con una sentimentalidad trastrochada o un preciosismo de mala ley, interpolado de trampas, y mezquinos trucos. Afirmaremos por eso que aquí nadie estudia con seriedad, con el firme anhelo de aprender durante toda su vida, en razón que la existencia de un hombre es muy breve para la eternidad del arte. Atomos, polvareda en el firmamento universal del arte, deberíamos suplir: con la humildad, el trabajo diligente, el estudio incansable, la aplicación continua, — los dotes privilegiados que nos negó madre natura. Proponiéndonos ser simples artesanos, sin un gran estilo que nos singularice, sin una especial marca de fábrica que nos rotule; sin la morbosa ambición de ser originales que nos haga extravagantes, no disfrazándonos para aparecer lo que no somos; en pocas palabras, permaneciendo naturales, huyendo de la afectación, de la énfasis ensoberbecida, repletándonos con nuestras taras, defectos y fallas alcanzaremos a poseer una fisonomía que nos distinga de los demás, y no será inferior ni superior, sino diferente. Porque ni las briznas de hierba del prado ni las miriadas de hojas del árbol, ni las arenas de la playa, se repiten y son idénticas. Sólo la mirada del hombre vulgar las confunde, sin caracterizarlas individualmente.

Ser sinceros es permanecer fieles a nuestra naturaleza, para serlo después con los elementos que nos rodean. Esta es la guía ética — inalcanzable e hipotética para la mayoría — y que deberían seguir los artistas. Todo lo demás les será dado por añadidura. Técnica, carácter, personalidad, siendo un todo indisoluble, tiene sus raíces en el substrato moral de cada uno. Lo que resta luego, sólo es literatura y metafísica, mala metafísica y pésima literatura. Los que quieren engañar, haciéndole trampa a la vida y a sus coetáneos, en el reino del arte, se engañan a sí mismos. En la historia inmemorial de todas las artes queda el tendal de cadáveres, que vivieron como sombras y desaparecieron como sombras deslucidas. Esto le aconteciera a las pasadas y presentes generaciones de artistas argentinos, con sus raras y honrosas excepciones.

Probaremos que no es aventurada la profecía enunciada poco antes. De lo general descendiremos a lo particular, sin detenernos en los minuciosos pormenores que informan la actividad artística del año. La inopia de valores plásticos en el sentido lato de la palabra, nos dispensará de abundar en comentarios. Los premios y distinciones fueron adjudicados, no a las cualidades de la obra, sino a la buena conducta del autor; intérpretese docilidad a las fórmulas manidas y chapucera masculada. El ejemplo típico es la "Chola desnuda" de Alfredo Guido. Tella de un preciosismo epidérmico, el deseo evidente de parecer chic, elegante, delicado, grácil; proponiéndose realizar proezas armoniosas, fleuzas de color, grises sutiles y vaporozos, no lográndolo con la justeza y el poderoso contraste de las diversas tonalidades y la robustez de los volúmenes, sino con piedra pómez, lamaduras, glaciés y empastes locales, se valió de los fáciles recursos de una cocina académica. Todo en ese cuadro, pictórica y conceptualmente respira un cansancio atroz, una letal inmovilidad de muerte, una impotencia plástica desalentadora. No hay un solo trozo que se salve. Ni esas piñas, labradas como una miniatura. Y es uno.

Haremos notar de paso, que este pintor, de regreso de un viaje transatlántico, declaró en un reportaje, inserto en "Crítica" del 16 de febrero del año en curso, "que nada teníamos que aprender en Europa, ni pueden darnos una cultura superior a la nuestra". Dios o el diablo haga que esto fuese cierto.

Los otros premios, después del primero, discernido a Guido, fueron otorgados casi con el mismo criterio a los exposito-



res de la sala de pintura. Tampoco hemos hincapié en esta incidencia, habitual y archiconocida. Apuntaremos sólo que destacando cuatro o cinco nombres de pintores que concurren a esa muestra pictórica, nos basta para quedarnos con las manzanas sanas, entre las muchas no muy sanas, ni gratas a la vista y al oído. Son Basaldúa, por su "Figura" de sabrosa plasticidad, fray Buttler, Botti, Pettoruti, Cittadini, Villar, Vena, Aratta, Tapia; que si no todos son de igual valor temperamental y artístico, y si muy dispares y opuestos, laboran con provecho en una ascensión continua, aunque más lenta, en unos que en otros. Los demás, cuyos aportes pueden ser valiosos, muchos retroceden francamente, otros se quedan más o menos estáticos, y los menos avanzan con cansado paso. Podrá parecer muy exclusivista nuestro juicio, pero para justificarlo sugeriremos que son legión los premiados con obras insulsas anodinas. Reconociéndolos a éstos fuera el período del aprendizaje, se comprenderá por qué nos olvidamos de los que forman mayoría. Aunque no sabemos con quién quedarnos, con un López Naguil, con un Mazzza, con un Pinto o con un Muñio, por ejemplo actor amateur y pintor de tablas. No enumeremos más y "glissons" sobre esa mayoría, ya que nadie nos lo agradecería y tampoco deseamos llevar el desaliento a nadie. También es necesario poner en evidencia que tanto los viejos y jóvenes maestros observaron un prudente austerismo. Si se pudiera argumentar contra nuestro criterio una obra con algún atributo capital de una belleza plástica incontestable, en un sentido o en otro, nos tendríamos, abandonando nuestro estrecho sectarismo. Si los mismos que hemos citado por sus nombres no satisficieran una crítica exigente, ¿qué podríamos decir de los otros? En escultura aconteció algo idéntico. Exceptuamos a Luis Paléni con su estatua votiva "Flamma extinta", de cadencia armoniosa y de sereni-dad patética; luego algunos más, como Curatella Manes, Rovitti, no con "La buena palabra", talla en madera, deficientísima, sino con la cabeza de Botti; Garigliulo, con su demasiado humilde "Humildad", las cabezas bellifrescas de Juan Leones, Soto Avenádo, con muy buenas intenciones en su estatua "Despertar", y se nos concluyó la lista. En arquitectura, lo único que nos interesó fue el proyecto presentado por Alberto Presbich y Ernesto Vautier. He ahí el balance magro de este salón primaveral, mal irremediable, llaga incurada y abierta, que infecta e inficiona a todos los que se le acercan, con el mercantilismo de la hora presente, acostadora de talentos en flor, paralizadora de volúmenes, verdadero refugio de inválidos y lisitados, cuyos equinos representantes son Christophersen, Cupertino del Campo y etc.

Las exposiciones personales no revelaron tampoco un valor nuevo, pasablemente novedoso, ni detonante. Es cierto, tuvimos el acontecimiento Pettoruti, la importación del cubismo, pero fué un suceso literario y escandaloso, más que puramente plástico. No negaremos su valor revulsivo y en cierto modo bienhechor para muchos. La paredia, que hiciera un grupo anónimo de pintores de esta especial modalidad del arte, nos demostró cuán impregnado se halla nuestro ambiente artístico de cobardía y de sórdidas pasioncillas. Resultó una fiesta de cuervos o de buhos que les ciega una débil lucecita que ellos confunden con el sol.

Fader, Cordivola, Guillermo Buttler, Botti, Agustín Rigarelli y muchos otros que sería largo detallar en una corta reseña, refrendaron sus valores antiguos, sin añadir mucho a su labor pasada.

En resumen, hubo mucho ruido y muy pocas obras que hagan época y dejen un recuerdo duradero tras sí.

„Decadencia del arte plástico argentino? — se preguntará. No, porque para

ello hubiese debido poseer un renacer que nunca tuvo, mientras sus movimientos no fueron más que oscilaciones de un péndulo que se halla fijo en un solo lugar. Estancamiento absoluto, dijimos al principio, y no podemos rectificarnos.

Este compás de inmovilidad, este retroceso tendrá quizás una causa. No toda la culpa recae sobre los artistas y el público. Diremos en qué consiste.

Hace casi dos décadas que Ardengo Soffice, el revulsivo crítico, pintor, polígrafo y humanista italiano, constataba que la exposición de arte, en nuestros tiempos, era como las casas de lenocinio y el periodismo: un mal necesario. Era un mercado y de los más bajos: un mercado de almas.

¿Qué diremos nosotros del salón oficial y de su andamiaje burocrático, administrado por una comisión de zopencos ilustrados, y regido, en vísperas de inaugurarse, por un jurado de espíritu tan fósil que podría competir con la era jurásica? El foco de corrupción artística se halla en la Academia y en el Salón Nacional; el Museo se ha convertido en casa correccional de menores.

Atiborrado de telas, cuadros, telones y afiches de aprendices de pintores, de medias cucharas y de productos de picapedreros y marmoleros, contribuye a la difusión de malas enseñanzas, poniendo ejemplos pésimos ante los ojos del público, de los artistas y los estudiantes de las academias de bellas artes.

Los maestros de esta institución ejercitan y frotan por las narices de sus alumnos su supina ignorancia, su desconocimiento sobre todo problema artístico, de técnica y de orientación hacia un fin dado, completando la desviación del gusto público realizada por el Museo. Es un estabonamiento de fenómenos, que cierra un ciclo impenetrable a toda idea serena, estéticamente hablando. Quisiéramos citar a todos los discípulos y estudiantes que recibieron las enseñanzas de tales mentores, para demostrar que no existe uno que se haya salvado del fracaso obscuro o ruidoso. Esa es la obra consumada por los verdugos de esta juventud, que por su peculiar idiosincrasia es más maleable a las influencias nefastas o ennobecedoras. Sabemos que los fuertes y los genios todavía en farsa se salven. Es que las academias no funcionan solamente para los genios. ¿Cuántas inteligencias y cuántos temperamentos promisorios de una floración cuantiosa y lozana fueron deformados, torcidos y mutilados!

Es hora que se jubile a tantas estantiguas que andan aún en circulación.

Como para todo hay remedio, bastaría que un puñado de muchachos animosos se pusieran de acuerdo para que contrarrestasen esa infausta faena de una enseñanza cadavérica.

Dos cosas se debería crear a un tiempo. Academias libres, como existen en todas las capitales de Europa, y un salón independiente, como el Salón de Otoño de París, sin jurado ni recompensas. Para salir de la infantilidad y del empirismo hay que estudiar seriamente y libremente y solamente deben hacerlo aquellos que obedecen a una irresistible vocación.

Las academias libres no tendrían profesores pagos ni hijos, escogidos en cambio profesionales para que se prestaran gratuitamente a fiscalizar, en determinadas horas, los trabajos de los educandos. Un modelo o varios, serían el objetivo de estudio para los modeladores, dibujantes y pintores. Es el esbozo de un proyecto que tuvo su completa y continuada realización en otras partes y dió y da profucios resultados. En esto no existe término medio; la primitiva botega, como se puso en vigor hace poco en la Rusia soviética, o la desacotada enseñanza ejercida por verdaderas capacidades educacionales. Los tiempos están madurando para que tales iniciativas sean factibles y fácilmente realizables. En lo que atañe al Salón de Independientes, pareciendo algo muy hacadero, presenta algunas dificultades de monta. El conato que se hiciera por varios artistas, nos da la razón. Las zebras se codeaban con los elefantes, las momias con los picaflores, constituyendo una verdadera arca de Noé. No sería un obstáculo esta variación abigarrada de tendencias y modalidades, si los animales antediluvianos, los Totenhaimen de las academias no concurrieran o fuesen excluidos. De otra manera sería un remedio caricatural del baladí Salón de Primavera. Algún día volveremos sobre el tópico para discutir con cierta extensión.

EL ANARQUISMO NO ES UN DEPORTE

Instintivamente sentimos una sensación de disgusto mucho mayor cuando tropezamos con "anarquistas de días de fiesta" que cuando tropezamos con adversarios o con indiferentes. Estos últimos dañan menos al movimiento que los primeros, y además son siempre susceptibles de llegar a la comprensión de nuestras ideas. Un adversario leal o un hombre de recta conciencia, a cualquier esfera social, o partido, o religión que pertenezca, nos inspira un profundo respeto. En cambio nos indigna hasta el extremo el camarada superficial e inconstante que considera el anarquismo como un deporte para ciertas horas de ocio de los días feriados o como una indumentaria que se viste en algunas solemnidades y luego se guarda en el ropero. El anarquismo no es un juego de dilettanti, una apariencia externa, sino una seria preocupación del alma humana por elevar la mirada de los pueblos a un horizonte de vida material y espiritual superior. Nuestra misión social es muy grave y está demasiado preñada de responsabilidades como para poderle acenar con un espíritu liviano.

Hay que tener conciencia de la significación de nuestra misión y estar a la altura de ella; lo cual es siempre posible, porque en el fondo de todo, el anarquismo en un sistema de vida moral inflexiblemente recta, y mientras vivamos en medio a mil tentaciones diarias, inflexiblemente austera. No podemos exigir ni esperar de cada camarada un sabio, un propagandista, un tribuno, un escritor, pero sí podemos exigirle y esperar de él que en el ejemplo de su vida sea una enseñanza constante para el medio en que vive. Es preciso que la influencia de las ideas haga de los anarquistas hombres moralmente superiores, ejemplos vivientes que difundan a cada instante las bases de una nueva convivencia basada en la libertad del individuo y de la sociedad. No demos fe a quien nos presenta una vida en contravención con las ideas que dice sostener y amar. Las ideas no son las abstracciones de Platón, las ideas son las ideas-fuerza, ideas que se manifiestan en hechos, ideas que se exteriorizan en la conducta individual y colectiva. No existen ideas puras, y cuando alguien pretende sostener un ideal de una manera puramente verbal, sin regir su vida de acuerdo a él, no lo tomemos en serio, miente, a sabiendas o sin saberlo.

Alguien censura que nuestra propaganda sea un tanto severa para los defectos y males de nuestro propio ambiente; que no transitamos en lo más mínimo cuando se trata de la parte moral y de lo fundamental del anarquismo; esos amigos que nos hallan demasiado duros, demasiado severos, se convencerán algún día de que es una necesidad vital el proceder así; que esa labor de cirujanos férreos dará los frutos más hermosos; que contra la relajación moral que se ha producido después de la guerra y las revoluciones frustradas, el anarquismo debe representar la fuerza más pura de regeneración. Con ese fin creemos que es de nuestro deber puntualizar los defectos propios y aplicarles el remedio más radical.

Al fin y al cabo no exigimos de los otros lo que no practicamos nosotros mismos, y nosotros no nos consideramos con mayores fuerzas que los demás ni ostentamos cualidades o dones sobresalientes. Lo

que pedimos no es mucho, y sin embargo alguien hace gestos de espanto y se resiste a reconocer la justicia de nuestras peticiones. Nosotros no queremos establecer un cartabón intelectual para someter el pensamiento de nuestros camaradas a un lecho de Procusto; toda nuestra ambición se reduce a pedir a las camaradas un amor más intenso a las ideas del anarquismo, porque la superficialidad de la adhesión ocasiona más perjuicios que ventajas al movimiento. En una palabra, lo que nos repugna en alto grado y lo que nos irrita e incita a la severidad y a la intransigencia, no es la simple diferencia de interpretación de ciertas cuestiones, sino la tendencia a considerar el anarquismo como un deporte para ciertos días, para ciertas exhibiciones, para ciertas solemnidades. Sentimos demasiado la gravedad y la responsabilidad de la misión que nos incumbe para poder tolerar esa manera de ver y exteriorizar el amor a una causa.

Hay países donde todo nuestro movimiento se reduce a un deporte, a un entretenimiento agradable; en el fondo falta seriedad y deseos intensos de transformar la sociedad en el sentido de nuestras convicciones. No concebimos que se pueda ser anarquista sólo por fuerza, en una reunión, en un congreso, en un periódico; es decir, que se sea tan poco intensamente anarquista como para no ajustar la vida y el pensamiento de cada hora, de cada minuto, al ideal.

Para muchos ser anarquista es pertenecer a un grupo de afinidad, o leer o escribir un periódico, o pagar las cotizaciones a un sindicato libertario... Todo eso es accesorio, secundario, no es lo esencial; lo esencial es la aspiración a la libertad, que no podrá expresarse nunca más que en la libertad social; lo esencial es la aspiración al bienestar, que no podrá ser realizada verdaderamente más que de una manera colectiva, en el bienestar de todos. Donde faltan esas aspiraciones, se puede escribir o leer periódicos anarquistas y pertenecer a cien grupos de afinidad, mas el anarquismo no existe. Pero donde esas aspiraciones existen se produce una conducta adecuada a su realización, se siente la responsabilidad de una gran misión a cumplir y por consiguiente no se consideran las ideas desde el punto de vista del juego del deporte para las horas de ocio o para los días de fiesta.

Según la vieja fórmula clásica: no hay derechos sin deberes ni deberes sin derechos. Pues bien, si tenemos el derecho a llamarnos anarquistas, tenemos el deber de serlo, y ser anarquista es luchar contra el orden social del privilegio por la instauración de una nueva sociedad de libres y de iguales. Pero esa lucha no es de una hora, de ciertos aniversarios o de ciertas solemnidades, es una insurrección permanente, ya que a cada instante debe rebalsarse nuestra conciencia contra las imposiciones y convenciones del mundo de la autoridad y de la explotación.

Cuando se conoce un poco el pasado de nuestro movimiento, no puede menos de constatarse una evidente diferencia de intensidad entre los anarquistas de hace treinta, cuarenta o cincuenta años y los de hoy. Nuestros antepasados tomaban más en serio las ideas, tenían más conciencia de su responsabilidad y de sus

deberes de lo que por desgracia existe en la actualidad. Eran hombres de una sola pieza, íntegros en la aceptación y en la propaganda del anarquismo; no conocían las variedades de intensidad que conocemos nosotros; ser anarquista, en otro tiempo, no era ningún platonismo ni ningún deleite sibarítico; era lo que debía ser, un serio apostolado revolucionario, que exigía sacrificios infinitos y que no producía más que la satisfacción íntima de cumplir con un sagrado deber de conciencia. Nosotros quisiéramos que ese carácter fundamental no se perdiera del todo, sino que determinara aun la vitalidad del anarquismo; por eso somos despiadados para los inconsecuentes y los que se visten con nuestras ideas como con un traje de fiesta. Y no vacilamos en romper el prejuicio del carácter sagrado de la familia y de la vida individual. No sólo nos interesa cómo piensa el camarada, sino cómo vive, y nos separamos mucho más de aquellos cuya vida no es recta que de los que piensan diversamente a nosotros.

Somos ya una relativa fuerza; el anarquismo tiene carta de ciudadanía en casi todos los países; es preciso que, aunque no se conozcan nuestras ideas, al menos nuestra conducta inspire respeto, confianza y simpatía. De esa forma haremos la mejor de las propagandas.

Esto no quiere decir que debamos dedicarnos a escastrar en el pasado de cada uno ni que se excluya toda tolerancia para con jóvenes que sur no comprendieron suficientemente las ideas y que traen aun el cordón umbilical de una procedencia diversamente autoritaria y llena de prejuicios. Es preciso tener la comprensión de ciertos defectos pasajeros y de ciertas debilidades; además no debemos alentar el rencor en nuestro corazón ni abrimar el odio. Es penoso tropezar con distancias producidas por hechos que turbaron lugar hace 20 años y que no se repitieron. Las altas las hemos cometido todos; lo esencial para que sean olvidadas es que sean reconocidas y que exista la sincera intención de no volverlas a cometer y de repararlas. Pero lo peor es que no hemos expulsado de nosotros por completo los vicios de la moral milenaria religiosa, capitalista y autoritaria y nos solemos resistir, por vanidad o por inmiedad, a reconocer un error cometido, lo cual nos lleva a defenderlo y a pretender justificarlo a toda costa, aun a costa de la sinceridad para consigo mismo. Esa soberbia de la personalidad que no es lo suficiente fuerte para ser modesta, es origen de infinitas de conflictos, que se evitarían con un poco más de honestidad interior. ¿Por qué perseguir con el odio a quien nos ha revelado una falla de nuestro carácter en lugar de estarle reconocidos? Misterios de la moral heredada.

D. Abad de Santillana

IDEAS ANARQUISTAS

Carta de Eliseo Reclus a la señorita Clara Koettlitz, en Bruselas

Bruselas, 12 de abril de 1895.

Mi graciosa y respetada señorita,

En cuestión de libros le diré, mi querida señorita, que no importa apenas estudiarlos para encontrar en ellos argumentos en la discusión. Esa es la parte pequeña, insignificante de la cuestión. Lo que importa es aprender a fondo, fortificar las convicciones mediante fuertes estudios, crearse un ideal bien completo, que abarque el conjunto de la vida y vivir conforme a ese ideal en toda la medida de las fuerzas adaptadas a las posibilidades del ambiente. Estudie, aprenda y no hable nunca de cosas serias más que con personas de una perfecta sinceridad. Es preciso tener bastante altivez para prodigar en conversaciones livianas el tesoro de las convicciones. Por lo demás, si Vd. observa a los que discuten, sin tomar parte en el debate, notará fácilmente que la sinceridad perfecta es rara en ese género de torneos y que, habitualmente, los interlocutores tratan de llevar a su adversario a una cuestión secundaria, a una pequeña dificultad de deta-



lle. Pueden procurarse así un triunfo aparente que no significa nada, pero cuyo resultado es absolutamente contrario a la verdad. Vd. hará bien en desconfiar de esas justas oratorias. Lo que es preciso es asegurar las convicciones y vivir según su fe: de esa manera hará la mejor de todas las propagandas.

Los jóvenes — y Vd. pertenece a ellos felizmente, pues tiene ante Vd. un largo porvenir de dicha y de bondad — los jóvenes se imaginan de buen grado que las cosas pueden cambiar rápidamente mediante bruscas revoluciones. No, las transformaciones se hacen con lentitud y por consiguiente es preciso trabajar con tanta más conciencia, paciencia y abnegación. En el apresuramiento de una revolución inmediata, se expone uno por reacción a desesperarse, cuando se constata el imperio de los prejuicios absurdos y la acción de las pasiones malvadas. Pero el anarquista consciente no se desespera: ve el desenvolvimiento de las leyes de la historia y los cambios graduales de la sociedad, y si no puede obrar sobre el conjunto del mundo más que de una manera infinitesimal, al menos puede obrar sobre sí mismo, trabajar en desprenderse personalmente de todas las ideas preconcebidas o impuestas, y agrupar poco a poco a su alrededor amigos que vivan y obren de la misma manera. Es de próximo en prójimo, por pequeñas sociedades amantes e inteligentes como se constituirá la gran sociedad fraternal.

Vd. se ha detenido en la comprensión del ideal anarquista por una cuestión escabrosa, la de la "familia". Yo comprendo tanto más su vacilación, cuanto que el libro que ha caído en sus manos era verdaderamente de naturaleza como para ofenderla. El lenguaje grosero es siempre inspirado por ideas groseras. Ahora bien, al tratar esas cuestiones es preciso hacerlo siempre con un respeto perfecto hacia la delicadeza femenina con un sentimiento que yo llamaría religioso, hasta tal punto hay que tener en cuenta el pudor humano. Esa es una razón por la cual se escribió tan poco sobre ese asunto, porque exige una pureza absoluta de lenguaje y de pensamiento. La cuestión, reducida a sus elementos esenciales, es ésta: la familia normal, espontánea, debe reposar únicamente sobre el afecto, sobre las afinidades libres: todo lo que en la familia proviene de la potencia de los prejuicios, de la intervención de las leyes o de los intereses de la fortuna debe desaparecer como esencialmente corruptor. Aquí como en cualquier otra cosa, la libertad y el impulso natural son los elementos de vida.

Vd. tiene la extrema amabilidad de pedirme mi retrato. Cuando tenga un ejemplar de mi "vieja barba", estaré muy orgulloso sabiendo que Vd. me hace el honor de aceptarlo.

Su viejo y respetuoso amigo,
ELISEO RECLUS

La religión es una sociología concebida como la explicación física, metafísica y moral de todas las cosas; es la reducción de todas las fuerzas naturales, y aun sobrenaturales, a un tipo humano y de sus relaciones, a relaciones sociales. — GUYAU

INMOLACION

Cariacatecido y todavía adormilado, marchaba por ese arrabal obrero — detritus de la ciudad — al que me había conducido el azar de mis habituales y vespertinas correrías. Anochece. Expansióse en la atmósfera poco limpia, una ligera neblina húmeda y dorada. Obresucios de cal o tizne, me rozaban al pasar con sus atados y canastos, en los que traían de vuelta restos de comida del mediodía, o cacharros sucios. Los trancos apresurados de unos, los pasos mesurados y despaciosos de otros, igualmente evidenciaban la bestia extenuada que husmea y desea el pienso y sueña con el jergón. Varias muchachas se entremezclaban a los grupos de los hombres. Ponían, con sus vestidos de colores y sus caras juveniles, esa nota amable y alegre de las amapolas en un oscuro y árido trigal. Ellas con su juventud, su optimismo saturado por el perfume de la esperanza y del ensueño, esperando la llegada del príncipe azul, no se rendían tanto como sus compañeros, al cansancio y al tedio de esa vida de automatismo idiota.

Habían quizás, transcurrido unos quince días desde mi llegada a esa ciudadela provincial. Recordando novelones cursis, leídos en mi adolescencia, la había bautizado "Ciudad de los tres asteriscos". Si, era tan borrosa su fisonomía, tan vulgares y pedestres sus calles y casas, que me parecía encontrarme en esos sitios vagos, indefinidos, inciertos, elegidos por ciertos novelistas para situar sus héroes también inciertos y borrosos, sombras y larvas de la vida. Además, obediencia a un impulso instintivo, subconsciente de olvidar ese nombre que me disgustaba como un trago de agua turbia.

Me conchabaron para borrorear cuartillas en un diario que ahora no recuerdo si respondía al título de "El Látigo" o "La Fusta". Según la ley de una lógica estricta, ese órgano — como repetía con cansadora énfasis su dueño — hubiera debido fundarlo un cochero de plaza. Pues no era así. Algo peor era el sujeto propietario. Su profesión actual, consistía en desempeñar las funciones de procurador. La antigua se hallaba envuelta en un halo de misterio que siempre rodea a los santos y a los ladrones. Efectivamente, había sufrido varias condenas por un ramillete de pintorescas fechorías. Su clientela la constituían sus ex compinches de celda y de aventuras. Con ascendencia naplítica, su habla se entreabraba de coccoliche y caló carcelario.

El director de ese pasquín maloliente era un mocetón de espaldas de faquir, risa estentórea y chocarrera. Rubio, con decena y media de mechadas lacias, que hacían su desesparación, por el inmenso fastidio y la infinita suma de trabajos malhabres al pretender disimular su craneo semipelado, concedía admirablemente con el cromo ridículo del don Juan provinciano de elegancia llamativa y caricatural. La grosería le rezumaba por todos los poros. Parecía que hubiese sido amasado con ella. Exudábase en su cara grisenta de cerosidad lustrosa, infaltablemente abotargada por la carcajada y el chiste soez... O la vertía por la punta de su pluma, que aun empapada ocasionalmente en la crema de chantilly de la banalidad sentimentaloidé, dejaba entrever la bestialidad cavernaria mal escondida por la lluvia de pétalos de rosas en un acicalamiento desmedido... A su prosa folclórica se le podía aplicar el epigrama de Marcial: "qué bien hueles y mal hieles..."

Descollaba en el rulo y en la intención buda, casi siempre alacranesca. Padecía de un enfermismo y constante eretismo, exhibido en sus conversaciones, que tornaban y retornaban alrededor de alguna pollera, cuyas personitas que las vestían podían ser feas, gordas, flacas, de toda calaña y condición y de cualquier pelaje... Lo que a él le importaba no era la calidad, sino la cantidad...

Completaba el personal de redacción, el confeccionador de la crónica policial: un adolescente larguirucho, paliducho, con amarillez de pus y lengua bifurcada...

Doy todas estas noticias, no porque tenga una estrecha atingencia con el desarrollo ulterior del relato, sino para explicar, ahora, a mi mismo, el estado de ánimo de aquella tarde brumosa y friolenta: experimentaba una extraña desazón de abandono y de nostalgia imprecisa. Haber comprobado la calidad de estameña espiritual de mis compañeros de galeón y de artesa común, no me hacía muy feliz. Tampoco me consideraba mejor que ellos. Y esto era lo peor. Después de algunos años de periodismo militante, ya nada me asombraba, ni me horrorizaba. A nada le hacía asco. Cocido a fuego lento por el desdén del mismo y la miseria, me hallaba bastante curtido. Pensaba a veces en la frase de Barrett, quien declara que jamás su pluma se maculó con la mentira o la cobardía, ni la adulación hacia los poderosos. Yo, el mercenario a sueldo, yo, el sicario a tanto a línea, el periodista con cama adentro, como el más ínfimo lacayo, no podía decir lo mismo. Preso en el engranaje de la muela del diarismo, so capa del bienestar general, de la justicia, la verdad, habituales escudos de los malvados — broquees tras los cuales se agazapa la alimaña pronta a devorar — asesiné y calumnié, disparando trabucos de cosas peores que el insulto, dicho abierta y lealmente. Y eso, por un puñado de centavos, que me apresuraba a desparramar como si me quemaran las manos y fuesen los treinta dineros del Iscariote, en vino, en mujeres y amigotes, con el anhelo vehemente de huir de ese calabozo, que yo mismo me había tejido con mi pluma y mi infinita vileza.

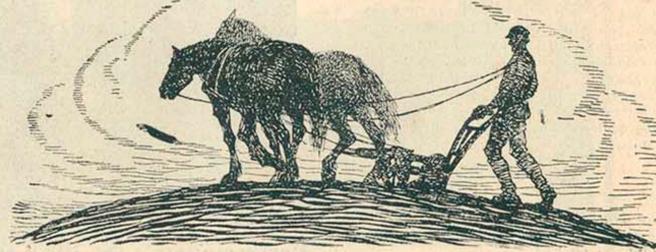
El resultado lógico de esa vida descabellada y suicida, llevada y traída en la metrópoli, con la que quería acallar la vacilante y débil voz interior, fué dar con mis huesos en esa tahona periodística, donde se amasaba ese pan insulso y a veces envenenado que devoraría la curiosidad malsana y rutinaria del público.

Ensimismado y evocando retales de mi vida pretérita, no pude darme cuenta que, a varios pasos de distancia, se había aglomerado un numeroso grupo de personas. Picada la curiosidad, me acerqué paso a paso. Remando con los codos, abrí un hueco entre el gentío. Empinándose y alargando todo lo que daba mi pescuezo, pude ver, por encima de los hombros de los demás, una preciosa chiquitina que horriueaba, apretando contra su pecho un plato de hierro enlozado. Dos o tres comedidos, inclinados, escuchaban su charla descosida, infantil y tartajosa. Según ella, un perrazo le había arrebatado del plato un trozo de carne que acababa de comprar en la carnicería.

Alguien le preguntó: —¿Te mordió...? —Sí, sí... no. —¿Dónde? —Pero no me hizo nada... — y la muchachita continuaba gimoteando, ya repuesta del susto, y como la acariciaban la cabeza, redobló los gemidos... El corro se agitó, buscando un culpable. En eso una voz se elevó de entre los circunstantes: —Ahí viene... Palabra mágica... El gentío volvió a moverse, apretujándose y dándose pisotones; y al abrirse un claro, ví a un hombre que traía, agarrado por el collar, un hermoso perro, mezcla de Terranova y de terrier. Su dueño en una mano tenía una cadena de eslabones tan gruesos como para sujetar a un ternero, y, con la otra, arrastraba al reo, no convicto y confeso, que tampoco se resistía. Al llegar cerca nuestro, se detuvo a enganchar con grandes ademanes la cadena al collar del can. Este, no sólo no ofrecía ninguna resistencia, sino que presentó y hasta ladó la cabeza para facilitar la operación. Pude contemplar a la bestia y al hombre. Lo que en seguida me chocó fueron los ojos transparentes y candorosos del can, color de tabaco de España, húmedos, tiernos como los ojos de una gacela. Ante la profunda humanidad de esas pupilas caninas, contrastaba la dureza de los ojos de carpincho, de un tinte turbio de gris aguanoso del dueño. En ese instante hice un esfuerzo mental para recordar dónde había visto esos mismos ojos. ¡Ah, sí, en la cabeza cuadrada del gorila de mi director!

El perro, entretanto, daba muestras de satisfacción y alegría, agitando vivamente el muñón de su cola. Pensaría, seguramente, que su patrón lo había salvado de los pilluelos, que le persiguieron a pedradas. Había satisfecho, una vez por todas, su hambre, sufrida durante semanas y meses, atraedose con un bocado de carne jugosa y fresca. La tentación fué superior a sus claudicantes fuerzas. No pudo resistirla, y después de todo, obedecía a una ley imperiosa de la naturaleza... ¿Acaso había hecho algún daño, mordido a alguien? ¿Por qué entonces tanto escándalo y tanta alargada? De la muchedumbre partió una voz: —Debe estar rabioso... Otra añadió: —Sí, es cierto... Basta mirarle en los ojos... Y los comentarios se hicieron generales... Repliqué otra voz, ronca, brutal e histórica: —Hay que matarle, hay que matarle. Fué la chispa incendiaria. Un coro de voces empezó a repetir en estruendo: —Sí, que lo maten... Que lo maten... El dueño parecía estar de acuerdo con los que creían que su perro era hidrófobo. Y se mostraba el más encendido de cólera. Nunca pude saber si adoptó esa actitud por enfarronearse o por vileza de ánimo. Por eso sería que lo tironeaba, echándole miradas furiosas y masculiantes: —Ya verás, ya verás lo que te va a suceder... No, no mordeas más a nadie. Y el infeliz can, atado con esa gruesa cadena, seguido por una tralla de curiosos, era el símbolo oscuro de la injusticia humana: la contrafigura del proletario, de un Jean Valjean cualquiera que por robar un pan o una bagatela le hunden en la cárcel y le pierden para siempre... Y este símbolo se reflejaba en la especie animal como los árboles se retratan y reproducen sus figuras temblorosas en un estanque fangoso...

El pobre delincuente vulgar, el perro de pupilas humanas, miraba a su dueño, agitando la cola en señal de paz, como si le pidiera perdón, implorando que se calmase, que depositase el ceño, ya que el daño se había consumado y no tenía remedio; no siendo, además, muy grave. El amo, acorazado contra todo sentimiento de indulgencia, inaccesible a la piedad, continuaba tirándole ferozmente de la cadena, tratando de satisfacer la vindicta pública. Y con semblante iracundo, lo amenazaba anticipándose al goce sádico que experimentaría con la ejecución del reo en bien de la salud de sus semejantes. Se olvidaba que, cuando le regala-



RUDOLF ROCKER
LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO
 (Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín, Verlag "Der Syndikalist")

Mejoramientos innegables.—

No se nos diga que no se puede hablar de una elevación de la situación del proletariado, que hasta los esclavos de la antigüedad y los obreros de los siglos de los siglos pasados, desde un punto de vista económico, habrían estado mucho mejor que el actual asalariado, pues que su existencia económica estaba mucho más asegurada, y que en consecuencia sólo debe constatar un empeoramiento de la situación proletaria. Si se quiere hacer efectivamente comparaciones y determinar si tuvo lugar una elevación o una caída de la situación general, sólo es posible cuando se limitan las comparaciones a un determinado período social y no se confunden cosas cuya aparición cooperan condiciones previas totalmente diversas. De ese modo se puede formar uno un juicio sobre los resultados de las continuas luchas del moderno proletariado industrial, si los comparamos sólo en los cuadros del moderno sistema capitalista, pues toda otra comparación debe llevar a inevitables sofismas.

Y léase ahora de nuevo las trágicas descripciones sobre la vida general del proletariado en el período inicial del capitalismo, según los informes de los inspectores ingleses de fábricas, que supo

apreciar tan felizmente Marx en *El Capital*. O tómense libros como el de Buret, *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*, a quien tanto tiene que agradecer Friedrich Engels para la concepción de su primera obra: *"Die Lage der arbeitenden Klasse in England"* y se comprenderá justamente la espantosa miseria de la población proletaria de aquel tiempo. Cuando el inglés Arthur Young declaró en la conocida descripción de sus viajes por Francia antes del estallido de la gran revolución, que amplias partes de la población agraria francesa sólo podían compararse con animales, quienes, a consecuencia de la enorme miseria habían perdido todo rasgo humano, tal calificación apenas sería exagerada con respecto a las grandes masas del proletariado industrial en los períodos iniciales de la revolución capitalista.

La enorme mayoría de los obreros vivía en agujeros miserables y debía pasar catorce o quince horas en el presidio de la industria, donde no se atendía a la vida y a la salud de los explotados por ninguna especie de instalaciones higiénicas. Y eso por un salario que no bastaba para poder satisfacer las necesidades más primitivas de la vida. Cuando los trabajadores de aquellos tiempos al fin de la semana podían reunir bastante para comprarse el reino celestial por unas ho-

ras, mediante una borrachera de aguardiente, habían obtenido lo más que se podía obtener. Y léase ahora lo que los autores costáneos han sabido informarnos sobre la perversión moral y el abismo espiritual de aquellos desgraciados. Se ponen los cabellos de punta cuando se leen esas descripciones, que hoy parecen casi increíbles. Y esa terrible explotación del trabajo humano no se limitaba sólo a los hombres y a las mujeres del proletariado, extendía también sobre los niños proletarios su círculo corruptor y favorecía su mortalidad hasta un grado tal que Richard Carlyle y otros pudieron hablar con derecho de una espantosa repetición en mayor escala de la matanza betlemita de niños.

Y la situación era la misma que en Inglaterra en todas partes donde el capitalismo se elevó a sistema. Pasaron décadas antes de que los obreros fueran capaces, con ayuda de sus organizaciones económicas, de conseguir un mejoramiento paulatino en su situación. El más mínimo mejoramiento tuvo que ser arrancado al capitalismo en continuas luchas. Ninguna ley, ningún gobierno acudió en ayuda de los proletarios; éstos debieron conquistarse cada pulgada de terreno de sus derechos por sí mismos, imponiéndose enormes sacrificios. Hasta allí donde las asambleas legislativas o los órganos del gobierno se vieron forzados por la presión de afuera a dar la sanción legal a ciertos mejoramientos, los trabajadores no pudieron disfrutar tranquilamente esas conquistas, pues en la primera ocasión, el capitalismo, sediento de explotación, les disputaba de nuevo esas mejoras, aún cuando el gobierno les había impuesto ya el sello de la ley.

Ciertamente el obrero está hoy aún sometido a todas las crisis y cambios del sistema capitalista, y la miseria social es todavía uno de los fenómenos característicos de la sociedad actual. Y lo será mientras el maldito sistema de la explotación del hombre por el hombre, pueda sostener su existencia. Pero sin embargo sería falso querer afirmar que la situación de los trabajadores es todavía la misma que la de sus predecesores del período inicial del capitalismo. Únicamente una sofística absurda podría tratar de justificar semejante afirmación.

Significación de la lucha por las mejoras inmediatas.—

Si hay una diferencia entre trabajar ocho o nueve horas por día en lugar de trece o catorce. Si hay una diferencia entre ganar sólo para poder satisfacer las necesidades más urgentes de su existencia material y ganar algo más, para hacer posible una cierta instrucción de su ser moral y espiritual. El obrero de hoy no sólo presenta demandas materiales mayores, que implican superiores condiciones de vida; tiene además una gran cantidad de necesidades absolutamente desconocidas a sus antecesores. En vastos círculos obreros se sabe apreciar hoy el valor y la posesión de un buen libro. Se siente la necesidad de visitar de tanto en tanto un teatro o un concierto y de disfrutar de otras conquistas culturales. Esas necesidades se han incorporado ya a la existencia de millones de proletarios y exigen categóricamente una satisfacción. Por consiguiente, es lógico que el obrero se asocie con sus iguales para crearse las posibilidades materiales de esas satisfacciones. Esa continua lucha por la satisfacción de más elevadas demandas a la vida, constituye una de las páginas más importantes del moderno movimiento obrero. Si no fuese así, todo el movimiento, las innumerables luchas de los trabajadores contra el capitalismo en pro del mejoramiento de su situación, no habrían tenido objeto alguno. Sólo un loco, un hombre extraño completamente a la vida, podría atreverse a sostener eso.

Y aquí llegamos a la significación cultural general de las organizaciones obreras y de sus luchas continuas contra los sostenes del orden social capitalista. La agrupación económica de los productores no es para los proletarios únicamente un arma para la conquista de mejores condiciones materiales de vida, es para ellos simultáneamente, una escuela práctica y un lugar educativo donde se aprende a la manera más pródiga la enseñanza y la instrucción. Las experiencias y acontecimientos prácticos de luchas cotidianas, hallan su condensación espiritual en la organización de los trabajadores, profundizan su conocimiento interno y amplían sus perspectivas intelectuales.

(Continuará)

ron a Tony, todavía cachorro, éste tuvo que buscarse el sustento, y de no mediar los vecinos, quienes de en tanto en tanto le daban algún bocado de comida o huesos para roer, hubiera perecido de hambre. Pero el patrón, torpe razonador, se aferraba tozudamente a la idea de que Tony se hallaba atacado de hidrofobia. En su interior tampoco consideraba cometer una mala acción. Era más; al satisfacer a la muchedumbre furiosa, cumpliendo con un deber, creía firmemente realizar un sacrificio muy penoso, aunque nunca hubiese amado con exceso a Tony. Por lo menos su cariño tuvo manifestaciones asaz curiosas: con puntapiés, gritos destemplados y lo peor de todo, ausencia absoluta de comida. Ya llegaba el grueso de la comitiva a la puerta del corralón, lugar del suplicio...

Tony seguía en el mismo estado de ánimo. La alegría bailoteaba en sus ojos, acompañada con el movimiento vivaz y enérgico del muñón de su cola... Al ser arrastrado hasta los fondos del extenso patio, dejéase atar a la rueda del carro de su patrón, que luego le serviría de calasno. Como sabía que nada había hecho, nada temía. Era la conciencia tranquila del justo, sentimiento natural de los corazones cándidos... Al fin se encontraba en su casa, a salvo de todo peligro... Y en el colmo de su felicidad, se atrevió a emitir unos ladridos alegres, casi jocosos, dirigidos al carro que lo rodeaba, situado a una distancia prudencial. Su presunto verdugo se alejó del grupo unos instantes, y ahora salía de su rancho con una escopeta de doble cañón. El reo, inconsciente de todo lo que se tramaba a su alrededor, con su hocico al aire, husmeando, recibió con festejos y ladridos al dueño que se había acercado, mirándole con sus ojos humanos, transparentes, húmedos y de una profunda ternura. Sólo cuando éste se echó la escopeta a la cara para apuntar pudo ver como esas pupilas humanísimas se dilataban por el asombro, la curiosidad, que yo interpreté como una interrogante angustiada. Esto duró un segundo, un verdadero átomo de eternidad. Simultáneos sonaron los dos tiros. Cayó con la cabeza fracturada salpicando de sangre al patrón, al muro y a los circunstantes... Quedó con los ojos salidos de la órbita, agrandados por el subitáneo terror, o por una estupefacción ilimitada, estremecido su cuerpo por los estertores de la agonía... Los curiosos se habían arremolinado alrededor del muerto, con las pupilas que fosforeaban por una malsana y perversa curiosidad, contemplando al que ellos sabían limpio de toda culpa, y me nos de lo que precisamente se le acusaba. Y ahora que estaba bañado en sangre hurgaban con sus miradas la horrorosa herida, tejiendo y destejendo comentarios burlescos y chocarreros...

Los que presenciaron la ejecución fueron desgranándose uno tras otro. Como sucede con la justicia de los hombres, la vindicta pública había sido saciada con una víctima más, y la salud del pueblo que nunca peligró, también estaba a salvo. Me acerqué al que acababa de morir. Me reprochaba ese crimen como si lo hubiera cometido yo. En esa su mansedumbre, adiviné su inmaculada inocencia y su tragedia de bestia mansa a la merced de los lobos humanos.

Echado sobre un charco de sangre, que empezaba a coagularse en grumos, su cuerpo no se estremecía ya. Miré a mi alrededor, nadie había. El patrón sólo quedaba, y en el dintel de la puerta de su rancho, limpiaba los caños de la escopeta. Insombreciase el patio y acallábase los rumores. Entonces yo me incliné sobre el que acababa de expirar, con el afán de hallar y beber con mis pupilas esa pestrera, maravillosa ternura que rara vez había encontrado en ojos humanos — y que se refugiaba en los ojos del can victimado... Me incliné, como si me hallara en el cabezal de mi mejor amigo, que al partir para siempre le despediría con una mirada profunda y un apretón de manos. Esos ojos caninos, aun no velados por el hielo de la muerte, conservaban esa luz de bondad y también el asombro de los que se van de este mundo extrañados del mal que se les hace inmerecidamente... De uno de sus ojos brotaba una sola lágrima...

AT.

No hay cosa más difícil de figurarse que la profunda indiferencia de la naturaleza. — GUYAU



Perfeccionate y ese libro se convertirá en fusil libertador